

CONGRESO NACIONAL  
CÁMARA DE DIPUTADOS

DICIEMBRE 20 DE 1934

69ª REUNION — 11ª SESION EXTRAORDINARIA

PRESIDENCIA DE LOS DOCTORES ANTENOR R. FERREIRA Y ROBERTO J. NOBLE

MINISTROS PRESENTES: de Hacienda, doctor Federico Pinedo; de Agricultura, ingeniero Luis Duhau; DIPUTADOS PRESENTES: Acosta Guillermo, Agüero Santos, Aguirrezabala Miguel A., Ahumada Luis Alberto, Alonso Alfredo J., Ameri Rogelio L., Amodeo Aurelio F., Andreis Fernando de, Aráoz Ernesto M., Aráoz Eudoro D., Aráoz José Ignacio, Arce José, Arnoldi Adolfo, Arrieta Herminio, Basualdo Honorio, Bonegas Tiburcio, Bermúdez Manuel A., Besasso Manuel V., Biancofiore Rafael, Bogliolo Rómulo, Bosano Ansaldo Daniel, Briuolo Miguel, Bruchou Eduardo, Buira Demetrio, Buitrago Pedro, Bustillo José M., Buyán Marcelino, Cáceres Lorenzo, Cafferata Juan F., Calderón Osvaldo M., Candia Cornelio, Cárcano Miguel Angel, Carreras Ernesto L. de las, Carús Agustín J., Castiñeiras Alejandro, Castro Felipe, Cera Joaquín, Conte José A., Cordero Octavio, Corominas Segura Rodolfo, Costa Méndez Nicanor, Courel Carlos D., Degano Alfredo P., De Miguel Benito, Dickmann Adolfo, Dickmann Enrique, Escalera Facundo, Egoibar Adrián C., Fernández Damuán, Ferreira Antenor R., García Gorostiaga Raúl, Ghioldi Américo, Giménez Angel M., Godfrid Juan, Godoy Raúl, González Benjamín S., González Guerrero Manuel, González Masada Manuel, González Valentín, Grisolia Luis, Groppo Pedro, Herrera Bruno J., Inda Rufino, Iribarne Alberto, Iriondo Urbano de, Lamesa Juan B., López Héctor S., Magris Amleto, Mancorda Carlos, Marcé Cipriano F., Martínez José Heriberto, Mattos Luis María, Molina Serapio, Morat Carlos (h.), Morrogh Bernard Juan P., Mouchet Enrique, Movsiehoff Bernardo, Noble Julio A., Noble Roberto J., Oddone Jacinto, Padilla Tiburcio, Palacín Manuel, Palacín Pedro, Palmeiro José, Pena José Luis, Pérez Leirós Francisco, Pfeleger José E., Pintos Angel, Pita Carlos A., Pressacco Juan P., Pueyrredon Carlos A., Quiroga Félix, Radio Pedro, Ramiconi Luis, Ramírez Manuel (h.), Repetto Nicolás, Rodríguez Alfredo, Rozas José E., Raggiari Silvio L., Ruiz Oscar, Salcedo Saturnino, Santillán Enrique, Schoo Lastra Dionisio, Sellarés Avelino, Simón Padrós Juan, Solari Felipe C., Solari Juan Antonio, Solís Rogelio J., Speroni Daniel C., Spinetto Alfredo L., Taborda Mora Cipriano, Uriburu Francisco, Vega Abraham de la, Vidal Baigorri José, Videla Dorna Daniel, Videla Rodolfo G., Vionnet Rodolfo L., Zorda Justiniano de la; ACUSENTES, Videla Dorna Daniel, Videla Rodolfo G., Vionnet Rodolfo L., Zorda Justiniano de la; CON LICENCIA: Amadeo y Videla Daniel, Becerra Eugenio A. (h.), Carreras José, Critto Miguel, Fresco Manuel A., Ganza Marcelino, Graffigna Santiago, Leucinas Rafael Néstor, Ocampo Enrique, Palacio Benjamín, Parera Gregorio, Repetto Agustín, Rojas Marcos E., Vallejo Luis A., Wade Eugenio; CON AVISO: Della Latta Jerónimo, Garayalde José María, Gómez Rincón Abel, Parodi Misael J., Pomponio Vicente E., Viechi Adolfo A.; SIN AVISO: Bonazzola Carlos F., Bunge Augusto, Dávila Miguel V., Espil Alberto, Guglielmelli Aquiles M., Jurdel Enrique C., Korn Guillermo, Lima Vicente Solano, Mancini Rafael, Mouesca Eduardo, Ruiz Guinazú Jacinto, Salas José Raquel, Saravia José M., Vignart Uberto F., Zarazaga Marcial J.

SUMARIO:

- 1.—Manifestaciones en minoría.
- 2.—Acta.
- 3.—Asuntos entrados:

I.—Comunicaciones del Honorable Senado.

II.—Comunicación oficial.

III.—Peticiónes particulares.

IV.—Proyecto de ley de los señores diputados Morrogh Bernard y Radio sobre construcción de un hospital en la provincia de Entre Ríos.

- 4.—Acuérdase licencia para faltar a sesiones a los señores diputados Graffigna, Ganza, Wade, Palacio y Carreras (J.).
- 5.—Integración de comisión.

- 6.—Termina la consideración del despacho de la Comisión de Presupuesto y Hacienda sobre impuesto a las ventas.
- 7.—Cuarto intermedio.

—En Buenos Aires, a veinte de Diciembre de 1934, siendo la hora 15 y 27 minutos:

1

MANIFESTACIONES EN MINORIA

Sr. Corominas Segura. — Pido la palabra.

Hago indicación de que se espere un cuarto de hora más, a fin de conseguir quórum.

—Asentimiento.

3

Santa Fe, Diciembre 20 de 1934.

*Señor presidente de la Honorable Cámara de Diputados de la Nación.*

Solicito por su intermedio, de la Honorable Cámara, permiso para faltar a las sesiones del corriente mes.

Salúdalo muy atentamente.

*Eugenio Wade.*

—Sin observación, se vota y acuerda, con goce de dieta, la licencia solicitada.

4

Córdoba, Diciembre 18 de 1934.

*Señor presidente de la Honorable Cámara de Diputados de la Nación.*

Por encontrarme enfermo, solicito de la Honorable Cámara el permiso correspondiente para faltar a las sesiones de la corriente semana.

Saludo al señor presidente con mi mayor consideración.

*Benjamín Palacio.*

—Sin observación, se vota y acuerda, con goce de dieta, la licencia solicitada.

5

Rosario, Diciembre 20 de 1934.

*Señor presidente de la Honorable Cámara de Diputados de la Nación.*

Por grave inconveniente, solicito por su intermedio permiso a la Honorable Cámara para faltar a dos sesiones.

Saludo al señor presidente con la mayor consideración.

*José Carreras.*

—Sin observación, se vota y acuerda, con goce de dieta, la licencia solicitada.

5

## INTEGRACION DE COMISION

**Sr. Secretario** (González Bonorino). — El señor presidente ha designado para formar parte de la Comisión Parlamentaria encargada de dictaminar sobre las funciones de la Contaduría del Congreso a los señores diputados Oddone, Cordero y Rodríguez.

6

## IMPUESTO A LAS VENTAS

**Sr. Presidente** (Ferreira). — Continúa la consideración en general del despacho de la Comisión de Presupuesto y Hacienda, sobre impuesto a las ventas.

**Sr. Bogliolo.** — Pido la palabra.

La euforia oficial, traducida ayer en las palabras del señor miembro informante, que seguramente habrá de alcanzar su más alta expresión con las palabras del señor ministro, nos obliga a los diputados socialistas a insistir en esta oportunidad en puntos de vista fundamentales, que consideramos indispensable señalar una vez más a la atención de nuestro país.

El discurso del miembro informante denuncia a las claras cuál es el concepto con que la mayoría de esta Cámara se apresta a votar este nuevo impuesto al consumo.

Expresiones claras, categóricas, en torno a las cuales ha girado toda la argumentación de señor miembro informante, indican esa posición. «Se trata — dice en uno de sus párrafos — de un impuesto de aplicación muy sencilla y de fácil traspaso al consumidor». He ahí claramente denunciado el concepto con que va a votar este impuesto. Y en otra parte se establece, dijo el señor diputado, que el mismo ha de recaer exclusivamente sobre la venta de mercaderías, es decir, que se insiste en ese punto de vista.

Para completar esta posición teórica y práctica, el señor miembro informante, apoyado por el señor ministro, se

empeña en demostrar que en los demás países las cosas no andan mejor, faltándole sólo agregar que ése es el desiderátum del señor ministro y de la mayoría de la comisión de llegar a la misma situación en que se encuentran los demás países del mundo.

Sobre este modo de encarar el problema vamos también nosotros a argumentar, sosteniendo que el sistema impositivo argentino, a pesar de los retoques que ha tenido en estos últimos años, se mantiene, en lo fundamental, sobre las bases denunciadas una y mil veces en este recinto. Y es que, señores diputados, alrededor de esta materia, desde que existe democracia en el mundo, ha girado la política de los partidos. Es en materia impositiva en general donde pueden definirse y delinearse con claridad las diversas fuerzas sociales y políticas que actúan en el mundo entero.

No se trata, pues, de repetir argumentos caducos, como se ha dicho aquí con insistencia en estos últimos tiempos, ni tampoco de tomar frases hechas que ya no condicen con la realidad. No habiéndose modificado en absoluto las condiciones vigentes sobre esta materia quedan en todo su vigor los argumentos hechos por la diputación socialista desde que ocupa bancas en este recinto y en todas las legislaturas, en defensa del pueblo argentino.

Nosotros creíamos, señor presidente, que después de la política económica de restauración adoptada por el gobierno, de las economías realizadas, por lo menos en cierta medida, de la conversión de la deuda, de la racionalización anunciada, el Poder Ejecutivo no habría necesitado exigirle al país un nuevo gravamen de esta naturaleza. Pensábamos, y con nosotros la mayoría del país, que en esta oportunidad un nuevo gravamen al consumo no se hubiera aplicado; tanto lo creíamos así que cuando el Poder Ejecutivo solicitó una prórroga del presupuesto en dos escuetos artículos, supusimos que nuestra presunción se hubiera visto confirmada.

Es conocido que las medidas financieras del Poder Ejecutivo si a algo han tendido es a favorecer determinada

clase o categoría social, a sostener la renta del suelo, la de una clase privilegiada que hasta ahora ha tenido en sus manos la dirección de los destinos del país; pensábamos, por lo tanto, que hubiera sido justo hacer incidir por ese lado el sistema impositivo argentino haciendo fe a las palabras del Poder Ejecutivo que aseguraba haber traído una gran mejora en las condiciones de esa determinada clase. Pero no hemos podido ver — los señores diputados lo saben mejor que yo — una modificación substancial en esta materia, puesto que la proyectada iniciativa del señor ministro, tratando de modificar en parte su posición al querer establecer un nuevo porcentaje sobre las herencias, la mayoría, cumpliendo así con su orientación, no ha querido aceptarla en ninguna forma.

Se ha favorecido una reducida fracción del pueblo argentino pero se carga el peso fiscal sobre la mayoría.

Nuestras opiniones no son, por otra parte, fruto del apasionamiento ni improvisaciones hechas por razones políticas, sino la expresión seria, firme, no sólo de los socialistas, sino de todos los que estudian estos problemas con criterio científico y quieren aportar su contribución a una mejor solución de aquéllos.

El conocido economista francés Jéze, que en este país ha tenido sus admiradores cuando ha interpretado los intereses de la clase que gobierna, dice que «todavía hoy para las clases poseedoras, el principio fundamental de justicia económica y social reside en la política de la no intervención; en materia fiscal se halla en el impuesto proporcional, en el impuesto real, en los grandes impuestos al consumo». Y ésa es la historia de los últimos 150 años en materia de política impositiva del mundo.

Las ideas burguesas que constituían el pensamiento científico y económico de la Revolución Francesa, tendían precisamente a obtener un sistema impositivo que favoreciese la producción y la acumulación de capitales contra la clase terrateniente que entonces dominaba. Había que favorecer el progreso,

estimular el desarrollo de la industria y del comercio, y la clase que en ese momento era económicamente más poderosa pudo imponer esas condiciones y abrir una brecha en favor de la civilización. Pero ahora que esas circunstancias han desaparecido y la producción ha llegado ya a su más alto grado de desarrollo, el problema — volvemos a insistir — se plantea en otra forma, y de ahí que los socialistas no han de cejar un solo instante en la defensa de estas nuevas corrientes de opinión, sabiendo que no defienden una situación particular de determinado grupo social, sino que defienden con justicia y científicamente el verdadero progreso de toda la sociedad.

No se trata ya de sostener un sistema impositivo que defienda los nuevos privilegios, sino de establecer un sistema impositivo que contemple el punto de vista de la distribución. Y por eso nos vemos obligados de nuevo a oponernos tenazmente a este impuesto a las ventas que, como lo ha dicho con toda claridad el señor miembro informante, es un impuesto al consumo, vale decir, un impuesto basado en los viejos cánones.

Las clases consumidoras han ido paulatinamente consiguiendo algunas ventajas en la lucha: han podido obtener de las clases gobernantes algunas modificaciones en ciertos países, como lo señalaba ayer el señor miembro informante. Seguramente, no por complacencia ni por el reconocimiento de sus derechos, sino por necesidades superiores, las clases ricas han debido aceptar esas reclamaciones. En nuestro país sólo cuando la aduana dejó de ser la fuente milagrosa que todo lo proveía se ha recurrido a estos nuevos principios, en una forma que ya hemos calificado y que volveremos a calificar hoy. Se ve así, en nuestro país, como dijera un economista famoso, que se cumple una afirmación: si las finanzas son un sistema por medio del cual una clase dominante despoja y explota a la clase dominada, el arte de las finanzas no necesita leyes.

Nuestros legisladores parecen confirmar esa opinión. Frente a las necesi-

dades del erario, no titubean en imponer un gravamen más al consumo nacional. Para nosotros, en cambio, el impuesto debe establecerse no sólo teniendo en cuenta el monto, sino también la naturaleza, de acuerdo con los fines a que aspire el Estado pretendiendo obtener una relativa felicidad.

—Ocupa su banca en el recinto, el señor ministro de Hacienda, doctor Federico Pinco.

Nosotros no hacemos cuestión del monto. Es bueno aclarar que no nos oponemos a que se exija una contribución determinada en beneficio del Estado. Nos oponemos a toda contribución que tiene sus fuentes en las actividades útiles y que no va a cumplir fines sociales determinados. Pero estamos dispuestos, y no hemos jamás de desmentirnos de esta afirmación, a imponer los gravámenes necesarios provenientes de las fuentes de privilegio, de la tierra, en primer término, para servir grandes necesidades o aspiraciones colectivas.

Sobre este punto creo necesario hacer una breve referencia a un aspecto social que tiene en estos momentos una indudable importancia en el desarrollo de la sociedad. En esta materia, y a raíz del progreso continuo de las fuerzas democráticas y socialistas en el mundo, ha girado una campaña interesada por tratar de oponer a este progreso de las fuerzas democráticas ciertas capas sociales, que a raíz del desastre de la sociedad en que vivimos se creen perjudicadas por la acción de aquellas fuerzas. El progreso del fascismo en el mundo en cierta medida ha provenido de una campaña tenaz, intencionada y demagógica, organizada por las categorías superiores que manejan la economía del mundo, para demostrar que la existencia de grandes impuestos en todas partes, que recaen principalmente sobre las clases medias, se debía a la presencia de un fuerte movimiento obrero socialista, que originaba el sostenimiento de grandes servicios sociales; y en esa forma esa clase



media afectada como consumidora, contribuyente y ahorradora por aquel cúmulo de impuestos, se veía en realidad frente a una situación de hecho que reclamaba una solución. Incapaces como son esas clases de comprender su verdadera situación social, dejáronse llevar por esta propaganda tendenciosa y se convirtieron en el más fuerte apoyo de las minorías selectas, que trataban de imponer a la colectividad nuevos rumbos y nuevas normas para el progreso social, pero que, en definitiva, conspiran contra las mencionadas clases laboriosas. Por eso los socialistas queremos dejar claramente establecido que nuestra posición en materia impositiva, como lo hemos dicho en otras oportunidades, tiende a señalar la conveniencia para los hombres que trabajan, de protestar, rechazando una imposición que grava por completo sus actividades, y orientarse hacia una política que grave, en primer término, en alta escala los fuertes beneficios de los grandes monopolios que hoy retienen en sus manos ciertas categorías de la colectividad. Todas las clases trabajadoras, proletarias y medias, deben saber unirse para orientar la política y asegurarse el necesario predominio.

Un profesor de la Universidad de Córdoba, cuya orientación política no conozco, el doctor Guillermo Ahumada, ha escrito una interesante monografía sobre la interpretación social de los impuestos sucesorios; y al fundar con claridad y acopio de documentación científica sus conclusiones, señala esta evolución que rápidamente he descripto, y confirmando los puntos de vista socialistas, dice que para «las comunidades democráticas que tienden por factores biológicos a la asociación de los esfuerzos en una economía socializada, cuyas aspiraciones y esperanzas están cifradas en los méritos del trabajo, creador de riqueza, frente al privilegio dissipador de la riqueza creada, la idea del despojo tiene un sentido bien distinto. En un estado de clases, los sometidos económicamente a las clases capitalistas piensan con razón que se les despoja del fruto del trabajo, en

el que no tienen otra participación que la acordada por el salario. En un estado democrático el despojo lo realizan sólo aquellos individuos o grupos de individuos que se substraen a los imperativos del trabajo, en el cual la comunidad cifra las totales esperanzas.» Y más adelante dice: «El problema de los impuestos debe resolverse de acuerdo a los principios de equidad y de justicia. Esos principios de equidad y de justicia no son nociones que se hayan agregado a la conciencia del hombre civilizado en este estado de cultura por obra del capricho o del arbitrio, sino que tienen su origen en la esfera de lo social, pero que quien piensa en lo social no puede sino remitirse a un ideal colectivo solidarista en el que el privilegio de cualquiera naturaleza que él sea, encuentra su más total condenación.»

Vemos, pues, que nuestros argumentos tienen un sentido bien claro y determinado, ya que encuentran apoyo en hombres de todas las clases sociales que quieren honestamente interpretar el problema con un criterio de la época. Por consiguiente, no podemos en absoluto escatimar ningún esfuerzo para denunciar esta política impositiva y para señalar la urgente necesidad de incorporarnos a una nueva corriente que asegure una transformación del régimen impositivo argentino.

Es exacto, señor presidente, que si hacemos porcentajes, podemos ofrecer un cuadro distinto del de épocas anteriores, pero ya se ha dicho muy bien que si el porcentaje que la aduana presenta dentro de las rentas nacionales es menor, no es porque se hayan reducido los derechos aduaneros, porque se hayan desgravado los artículos, sino porque la importación ha disminuído, porque la aduana no ha dado más, y en cualquier momento en que por circunstancias especiales haya de afluir al país una gran cantidad de mercaderías, de nuevo la aduana llegaría al porcentaje de épocas anteriores.

Antes de 1930, la aduana subvenía a las arcas fiscales en un 75 u 80 % y los impuestos directos en un 6 ó 7 %;

en los últimos 3 años, con el impuesto a la renta, el consumo significó un porcentaje de 63 % y los impuestos directos el 15 %. Con el presupuesto que se quiere establecer para 1935, se ha de obtener, con toda seguridad, un porcentaje mayor para los impuestos al consumo.

No se trata de presentar tablas con porcentajes a obtenerse y así poder explicar categóricamente, sin lugar a dudas, la mejora favorable al consumo de las recaudaciones para el próximo año. Se trata de comprender con claridad cómo se ha modificado la organización de nuestras oficinas de cobro con la unificación de los impuestos, que ponen en manos del Estado central la percepción que hasta ahora estaba librada a la buena voluntad de los gobiernos provinciales, y también cómo se han elevado para otra clase de artículos las tasas de los impuestos indirectos.

Todo esto que decimos, no es aceptado en lo más mínimo por el Poder Ejecutivo, y ya el señor ministro de Hacienda, doctor Pinedo, el año pasado fulminaba categóricamente a los diputados socialistas que se atrevían a exponer estos puntos de vista. Decía el señor ministro, demostrando a su modo la inexactitud de la crítica socialista: «De manera que nuestro viejo adagio de que el impuesto es la carga que las clases políticamente vigorosas echan sobre las espaldas de las clases políticamente oprimidas, o se ha quebrado, o pone de manifiesto que en esta pujante República viene desde abajo un movimiento profundo y que no se sientan en el Congreso ni tienen vara alta en las esferas del gobierno únicamente los representantes del privilegio, sino que tienen en consideración muy especial los llamados del país y de la voluntad de las masas». Y la derecha, satisfecha por esta hermosa declaración, bien dicha, con tono adecuado, subrayó con un «¡muy bien!» el párrafo.

**Sr. Ministro de Hacienda.** — Eso debió haber sido de la izquierda, dado el párrafo.

**Sr. Bogliolo.** — La izquierda niega sean exactas esas palabras.

Olvidaba el señor ministro, al decir, eso, la oportunidad en que fueron votadas las mencionadas leyes de réditos y también el fracaso obtenido en su inteligente proyecto sobre las sucesiones, y olvidaba, también, que el señor diputado Pueyrredon, con una franqueza estimable o con un candor admirable, dijo las siguientes palabras: «Voy a impugnar el despacho de la mayoría de la comisión, en la que están amigos y correligionarios, que, debido a la «precipitación patriótica» con que han actuado, no han advertido a tiempo los errores fundamentales del proyecto.»

Esta vez, al tratarse de nuevo el impuesto a las herencias faltó esa «precipitación patriótica», y, ya aleccionados por el error de haber votado un principio de impuesto a las herencias, han derrotado al ministro para no sancionar ese justiciero impuesto.

**Sr. Ministro de Hacienda.** — Hasta ahora falta la firma de un diputado opositor.

**Sr. Dickmann (A.).** — Vendrá al recinto, con o sin despacho.

**Sr. Ministro de Hacienda.** — Pero hasta ahora falta esa firma.

**Sr. Bogliolo.** — El señor ministro hace muy bien en persistir y lo acompaña: cree todavía que en esta iniciativa no ha sido derrotado. Ojalá fuera así, y puede contar con nuestros votos para sancionarla. La realidad es que a pesar de haber transcurrido más de un mes, falta la firma de algún miembro de la Comisión de Presupuesto, representante de la derecha.

**Sr. Dickmann (A.).** — No falta; se fué...

**Sr. Bogliolo.** — Peor todavía.

**Sr. Ministro de Hacienda.** — Y falta la firma del único diputado que me acompañó el año anterior, cuando yo era diputado, en la disidencia a favor del impuesto a la herencia.

**Sr. Dickmann (A.).** — Si el señor diputado me permite, quiero expresar en esta oportunidad algo que considero necesario. Deseo informar a la Cámara cuál es la situación de este famoso despacho sobre el impuesto a las herencias. Es un despacho aprobado

por la comisión — así consta en acta — subscripto por diez diputados, y el que habla, como secretario, había ordenado su publicación. No sé qué influencia medió para que una de esas firmas fuese retirada y las otras, aun de los diputados que están en contra, no quieren estamparla negativamente. El bloque socialista declara, por mi intermedio, que oportunamente planteará ante la Honorable Cámara, si no hay despacho, que se constituya en comisión para considerar el proyecto del señor ministro de Hacienda, sobre impuesto global a las herencias.

**Sr. Noble (J. A.).** — Sería interesante que ahora contase junto con los votos de la oposición los de los diputados de la mayoría que lo acompañan siempre en sus iniciativas.

**Sr. Ministro de Hacienda.** — Espero que el bloque del señor diputado se vaya acercando a esa combinación.

**Sr. Noble (J. A.).** — Desde el primer momento he puesto mi firma al pie del despacho.

**Sr. Bogliolo.** — Se explica así que cuando por primera vez se trató en este recinto el impuesto a las transacciones, dijéramos categóricamente que no queríamos asumir responsabilidad ante la situación planteada, e igualmente es bien clara nuestra posición actual al pretenderse modificar la alícuota correspondiente del 3% a 2%.

Respecto al monto a recaudarse de este impuesto, no quiero terciar en la polémica entablada entre la Unión Industrial Argentina y el Ministerio de Hacienda.

**Sr. Ministro de Hacienda.** — ¿Quién tiene razón?

**Sr. Bogliolo.** — Creo que en parte, el ministro de Hacienda.

Como he dicho, no hacemos cuestión de monto. Pero quiero señalar este hecho: si la Unión Industrial Argentina, en una polémica con el gobierno, se permite presentar cálculos equivocados tan garrafalmente, según el ministro, ¿cómo no habrá de equivocarse en sus alegatos contra las reclamaciones obreras?

Estos errores tan gruesos, si existen, denuncian a las claras con qué criterio se confeccionan siempre las respuestas que se oponen a las justas reclamaciones de las clases trabajadoras del país.

Además — y esto es fundamental — es bueno dejar constancia de que en todas las oportunidades saben los integrantes de la Unión Industrial Argentina reclamar de este Parlamento leyes y más leyes de protección a sus industrias; y en esas oportunidades presentan en forma categórica, con acopio innumerable de datos, los resultados de sus ejercicios que siempre arrojan pérdidas o, en el mejor de los casos, dejan un pequeño margen de utilidad. Es, pues, un antecedente valioso que haremos valer en el momento oportuno en nuestro favor.

Deseo también anotar la serie de cambios que se han producido en los cálculos oficiales sobre el monto de este impuesto. El año pasado con una tasa fijada en el 3 o/oo, se calculó la percepción en 36.000.000 de pesos; para este año se calculó en 23.000.000 de pesos. Al 1 ½ % se fija como posible producido la suma de 18.000.000 de pesos, y ahora, después de elevar casi siete veces la tasa, se calcula una percepción de 25 a 30.000.000. Los calculistas oficiales también se han equivocado antes o ahora.

Antes, el impuesto de 3 o/oo que incidía tres o cuatro veces sobre la misma mercadería, significaba un 0,8 % ó 1,20 por ciento; ahora queda multiplicado y si bien hay algunas excepciones más que las que figuraban en la ley anterior en realidad, en conjunto, es casi lo mismo.

El comercio y la industria en esta oportunidad se han agitado con toda energía para oponerse a la sanción de este nuevo gravamen y yo no sé si en este momento habrán conseguido hacer trunfar, aun en parte, sus reclamaciones.

En «La Prensa» de hoy he leído que esta tarde una delegación de industriales y comerciantes mantendría una

conferencia con el señor presidente de la República para tratar de encontrar solución a este problema.

**Sr. Ministro de Hacienda.** — Ya tuvo lugar la entrevista. He estado presente en ella.

**Sr. Bogliolo.** — Los comerciantes reclaman contra el impuesto y denuncian con claridad que ellos no han de poder soportarlo y que lo habrán de hacer recaer exclusivamente sobre los consumidores y sobre sus obreros.

A mí no me interesa en esta circunstancia defender desde todos sus ángulos las opiniones de los comerciantes y de los industriales, buena parte de los cuales podrá, sin duda alguna, soportar este impuesto, sino dejar constancia que ellos mismos denuncian este nuevo gravamen como un mal expediente que habrá de mermar la capacidad de consumo de nuestro pueblo. Los comerciantes, cuyas notas he leído en la comisión, señalan la injusticia del impuesto por muchas razones. Una firma determinada sostiene que es un impuesto al trabajo, pues el 50 % del monto de sus actividades corresponde a la mano de obra. La Cámara de las Industrias del Calzado, dice que no es posible aumentar los precios, «porque el consumidor no puede pagar ni siquiera los actuales, en razón del empobrecimiento del público consumidor». He ahí un punto de vista inteligente que nos hace en esta oportunidad aliados de los buenos industriales y comerciantes que entienden con claridad el problema. Agregan estos señores fabricantes de calzado que no pudiendo incidir sobre el consumo por el empobrecimiento del público, se preguntan: «¿debemos rebajar los sueldos y salarios?» La Bolsa de Comercio también se presenta a reclamar, pero sobre dicha entidad no quiero extenderme ni diré una sola palabra más para no herir los oídos del señor ministro. La Asociación Textil Argentina, dice que «las probabilidades de pasar a nuestros compradores el mayor gravamen proyectado, son poco menos que nulas, si se tiene en cuenta que nuestras in-

dustrias atraviesan por una crisis económica provocada por el exceso de producción local como causa particular, y la paralización de las actividades mercantiles, como causa general». La protección ya produce sus inconvenientes: hay exceso de fabricación. La Cámara del Yute declara paladinamente que pasará el impuesto a los agricultores, aumentando 1/3 de centavo por cada bolsa que venda.

Se ha sostenido que el impuesto a la venta es distinto del impuesto a las transacciones, haciéndose la salvedad de que mientras el primero por su monto debía ser pagado por los industriales y comerciantes que no pueden así trasladar su incidencia a los consumidores, ahora el impuesto a las ventas no repercutirá sobre los industriales y comerciantes, sino que irá directamente a repercutir sobre los consumidores. Creo que nadie puede sostener categóricamente que todo impuesto puede pasar a los consumidores y que nada deberá ser pagado por los industriales. Hay infinidad de categorías, de posibilidades de parte de industriales y comerciantes, y si unos, en una rama determinada pueden trasladar fácilmente el impuesto, otros tendrán que soportarlo. Por eso, no creo en esa diferenciación tan categórica y sostenemos que se trata, más o menos, del mismo impuesto y que más fácilmente será en esta oportunidad pagado por el consumidor nacional; de manera que nuestra oposición al primer impuesto, si no tenía para algunos todo el valor necesario, en esta oportunidad, con esa diferenciación que los defensores quieren hacer, reafirmamos categóricamente nuestra posición. Y el señor ministro de Hacienda...

**Sr. Ministro de Hacienda.** — Encuentro razón en lo que acaba de decir.

**Sr. Bogliolo.** — El señor ministro de Hacienda, que se hace notar por su claridad de opiniones, se refería al impuesto a las transacciones y decía cosas que, si no del todo, en buena parte podría repetir ahora.

Decía lo siguiente: «Se imaginará la

Cámara la vacilación con que he votado un tributo que es la alcabala resurrecta, con la que estamos acostumbrados a identificar la antigua decadencia del pueblo español y que en los primeros lineamientos de los libros de finanzas se sindicó como el mal tributo por excelencia, la alcabala sobre la cual se ha dicho la frase lapidaria de Adam Smith, pero que resurge en forma que — esperémoslo — no hará de ese tributo una carga pesada. Hoy el impuesto a las transacciones existe en todas partes. En Alemania y en Francia ha llegado a ser el 20 % de todos los impuestos y su tasa es infinitamente más alta que la que aquí se proyecta. Sólo tiene justificación ese tributo en cuanto la pequeñez de su tasa permite cierta dilución del rendimiento en el provecho comercial y no grava a los últimos consumidores. Pero la idea, por muchos acariciada, de llevar ese tributo a varios por ciento, haría de él una verdadera lápida que mataría el comercio argentino y de una injusticia notoria porque, como se ve a simple vista, este impuesto grava lo mismo las ganancias que las pérdidas. Hasta el quebrado que liquida sus mercaderías por la imperiosa exigencia de sus acreedores tiene que pagar impuesto sobre lo que vende, como si estuviera haciendo un brillante negocio.» ¿Puede alguien, señor presidente, hacer una definición más exacta de este impuesto?...

**Sr. Ministro de Hacienda.** — Precisa, es.

**Sr. Bogliolo.** — ... ¿Puede darse una contradicción más palmaria entre esa definición y su posición actual? Es que, como dijera al principio, la política impositiva argentina todavía debe mantenerse sobre sus arcaicos moldes. Jamás se ha tratado de obtener de la renta en general y, menos, de la renta del suelo las sumas necesarias para llenar las arcas del Estado, y eso no lo permitirán los actuales gobernantes.

Entre los industriales que han reclamado contra este mal impuesto, po-

demo señalar, por la enunciación que hacen de las cargas con que se grava a estas útiles actividades, a los de la asociación Fábricas Argentinas de Productos Alimenticios. En su nota, muy interesante, dicen: «Entendemos que si se sancionara ese gravamen sería una verdadera calamidad que vendría a pesar sobre la industria de nuestro país, pues, salvo contadas excepciones, ella no puede soportar una imposición de tal volumen. La competencia desarrollada por la escasez de ventas hace que los industriales no puedan por ningún concepto incluir ese impuesto en el precio a que se ven obligados a cotizar los artículos, por lo que tendría que recaer pura y exclusivamente sobre las utilidades o sobre el capital.

«Los industriales — continúan — hemos sufrido de tres años a esta parte tantos recargos impositivos que recordarlos es alarmante. Sabido es que muchas industrias trabajan con parte de sus materias primas importadas y a éstas la situación les fué doblemente gravosa. El 31 de Octubre de 1931 se creó el adicional de 10 % sobre derechos aduaneros, lo que encareció en más de 30 % los gastos que por derechos habían de pagar por su materia prima.

«El mismo mes y año se estableció el control de cambios, lo que poco a poco vino a encarecer en más del 40 %, por diferencia de valor de moneda, todo lo que necesita importar para su industria. Se estableció también el impuesto a los réditos y el de transacciones. Se le elevó el impuesto por contribución territorial en un 20 por ciento.

«Ayudó a soportar estos recargos la baja que se produjo en el valor de algunas materias primas; pero el mayor peso recayó sobre las fuertes economías que hubo que hacer forzosamente en todo lo que pudiera resistirlo y llegando, en muchos casos, hasta tener que reducir los jornales del personal...»

Se advierte claramente que en definitiva todo tiende a perseguir a los

ciudadanos de menor renta, es decir, a los que sólo reciben el producido de su trabajo.

Yo sé que el señor ministro ha de hacer una exposición para demostrar que todas estas calamidades tienen un contrapeso en el impuesto a los réditos, que no faltará un porcentaje calculado con toda inteligencia para significar que la clase poseedora ha soportado en esta emergencia la carga máxima; pero yo he querido informarme también en esta materia y he obtenido de la Dirección de Réditos unos datos que si no son completos, revelan, por lo menos, la naturaleza de este aspecto de la cuestión.

Sobre un monto de 458.500.000 de rentas tabuladas por la dirección respectiva, la recaudación fué del siguiente porcentaje durante el año 1933: La tierra ha contribuído con 29,6 %, correspondiendo 20,6 % a la tierra urbana y 9 para la rural; la renta sobre títulos contribuyó con el 19,8 %, todo lo cual da apenas 49,4 %. En cambio, el comercio, la industria, las profesiones liberales y el trabajo personal contribuye con un 50,6 %, según los datos suministrados por la Dirección de Réditos.

Quiere decir que también en este renglón del sistema impositivo son las actividades útiles las que soportan la mayor carga impositiva y no valen explicaciones oficiales.

Y si también quisiéramos analizar la renta neta sujeta a impuestos tomando grupos de contribuyentes en estas cifras parciales que se han dado, se ve con claridad cómo también son las categorías intermedias y bajas las que contribuyen más, o en proporción mayor al pago de este impuesto.

Sobre 34.400 contribuyentes, que más o menos debe ser la tercera parte de los que cumplen con la ley — siempre ateniéndonos a opiniones y no a cifras completas — se ve que existen 27.000 ciudadanos, de los que aportan su contribución, que tienen una renta declarada de hasta 10.000 pesos anuales. Puede observarse, pues, que es la

gran masa, el gran pueblo, el que sigue aportando al Estado los fondos necesarios para el cumplimiento de sus compromisos. Hay, además, 6.400 contribuyentes que han declarado de 10.000 a 50.000 pesos de renta; 630, de 50.000 a 99.999, y 244 contribuyentes, de más de 100.000 pesos, siempre sobre los datos que han declarado y que evidentemente han de ser parciales. Pero con todo eso, señor presidente, surge a la vista, y no admite controversias, que todavía el impuesto a la renta en nuestro país no tiene el apoyo de quienes deberían en esta oportunidad ofrecer a la Nación las rentas necesarias para los fines del Estado. Todavía se denuncia por estas cifras que solamente 100.000 ciudadanos aportan al Estado en cumplimiento de esta ley, admitiendo que los 34.000 son solamente la tercera parte. Y si tenemos en cuenta que los censados, que tampoco son todos los que debieran pagar, han llegado casi a 600.000, se ve con claridad cómo apenas la quinta parte, es decir, el 20 %, ha cumplido con su deber.

Y al decir, señor presidente, que los 34.000 son una parte reducida de los contribuyentes y admitir por mi parte, que puede llegar a 100.000, quiero dejar bien aclaradas mis dudas sobre esas cifras, pues de la comparación con las que me han sido proporcionadas por la dirección, no puedo categóricamente admitir esa afirmación de que llegue a esa cifra, porque según esas comparaciones, en 1932 los contribuyentes que abonaron fueron 55.482 y en 1933, fueron 34.400.

En cualquier forma, como vemos, las clases ricas, los realmente rentistas, no son los más solícitos en aportar y no por mala voluntad o falta de actividad o de energía de la dirección respectiva, que me consta trata de cumplir con su deber en toda forma, no sólo en la percepción sino también en la forma adecuada, culta y correcta con que sabe atender y reclamar el pago del impuesto. Debo hacer este reconocimiento porque he asistido en diversas oportunidades a la dirección respectiva y he comprobado que ella y todos los

empleados ponen el mayor entusiasmo en aclarar las ya famosas dudas de los malos contribuyentes que no quieren cumplir con su deber.

Si queremos, además, demostrar cómo este impuesto a los réditos incide también sobre el consumidor pobre, de los datos obtenidos surge, por ejemplo, cómo del importe anual de sueldos que han sido gravados, el 51 % corresponde a los menores de 1.000 pesos, oscilando la gran mayoría entre 200 y 500 pesos, correspondiendo a los sueldos mayores a 1.000 pesos el 49 por ciento.

Se destaca, pues, no con adjetivos inútiles, sino con deducciones lógicas, que la reforma de nuestro régimen impositivo, que tanto pie ha dado para la defensa del gobierno, todavía no ha dado los frutos esperados y que, por el contrario, denuncia la oposición de las clases ricas argentinas, que se resisten sistemáticamente a aportar esta contribución, así como también la resistencia enconada al impuesto a la herencia, y la ocultación sistemática de las rentas, por lo que yo comprendo en parte aquella resolución ya desgraciadamente famosa de la convención bonaerense que reclama para sus habitantes una enseñanza de moral cristiana que les impida mentir.

Estas categorías sociales que no trepidan en votar el impuesto a las ventas y que han tenido como portavoz a un representante típico, no pueden, señor presidente, alegar su inferioridad rentística para contribuir al cumplimiento de esta ley.

El señor ministro de Hacienda, en la comisión, y seguramente lo hará en el recinto, ha negado la posibilidad de aplicar ningún impuesto a la tierra, a los grandes terratenientes, por incapacidad contributiva. Sin embargo, y desde luego, con estadísticas oficiales, admitiendo lógicamente que el conjunto ha visto mermada su capacidad contributiva, surge claramente que no debe ser la clase pobre la que en mayor proporción deba soportar la carga.

En el Boletín de la Dirección de Estadística de la provincia de Buenos Aires, vemos, por ejemplo, cómo la tie-

rra ha mantenido su precio a pesar de todas las calamidades anunciadas, y sus propietarios han podido así obtener una renta no ganada, que el Estado ha debido percibir en gran parte. Tengo en mi poder unos datos que he de leer para demostrar la posibilidad y la conveniencia de aplicar un impuesto de esta naturaleza.

En el año 1920, para señalar la progresión de los precios, según datos oficiales de la Dirección de Estadística de la provincia de Buenos Aires, el término medio del precio por hectárea era de 205 pesos, cuando el trigo valía 20 pesos y el lino 24; en el año 1926 era de 250 pesos, cuando el trigo valía 12 y el lino 15; en 1929, era de 258 pesos, cuando el trigo valía 9,75 y el lino 18,27; en el año 1930, era de 245 pesos, el trigo valía 8,92 y el lino 19; y en el año 1931 era de 237, el trigo valía 5,69 y el lino 10,88.

No tengo datos posteriores, pero sospecho, por los resultados de los remates de los últimos tiempos, que los precios por hectárea han aumentado.

De manera, pues, que, como dijera muy bien el señor diputado Repetto en una conferencia que pronunciara hace años, y al margen de este debate, ha sido el grueso grupo de agricultores el que ha visto descapitalizados todos sus ahorros, manteniendo con su actividad la renta del suelo de la clase gobernante.

Esta sería la oportunidad para modificar este impuesto a las ventas y tratar de obtener de esta fuente, si no toda esa suma, una parte importante, que deberá completarse con el impuesto a las herencias.

Sobre este impuesto a las ventas la Comisión de Presupuesto ha estado oscilando entre su aceptación y su rechazo. Este hecho categórico demuestra a las claras que en la conciencia de los señores diputados existen dudas si no la convicción firme de que debe ser rechazado. La Comisión de Presupuesto, como recordará la Honorable Cámara, ha ido más lejos todavía. En la reunión del 31 de Julio de 1934 hizo una declaración categórica que en esta

oportunidad no fué recordada por sus sostenedores, y que, lástima es confesarlo, motivó hasta el retiro de la firma de quien había bregado para obtener esta resolución, con lo cual no hemos podido conseguir la mayoría necesaria.

La resolución de la Comisión de Presupuesto y Hacienda, a que me he referido, dice lo siguiente: «La Comisión de Presupuesto y Hacienda en su sesión de hoy ha considerado el proyecto de ley derogando el impuesto a las transacciones a partir del 1º de Julio y, después de escuchar la información del señor ministro de Hacienda, doctor Alvarado — que, hay que declararlo, supo cumplir el interinato con toda eficiencia, en esa oportunidad, porque denunció a la comisión la existencia de un déficit tan impresionante que hasta los más acérrimos defensores de la derogación se vieron obligados a aceptar el punto de vista contrario —, «solicitando que para la mejor unidad del sistema impositivo general no se trate este asunto hasta que la comisión estudie el proyecto de presupuesto para el año venidero; la mayoría de la comisión resuelve atender el pedido del señor ministro, quedando, en consecuencia, postergada la consideración del proyecto». La Comisión de Presupuesto y Hacienda no ha deseado permanecer ajena a la exteriorización pública y del comercio en general que viene reiteradamente reclamando la caducidad del impuesto a las transacciones, y respecto al cual ya se han traducido en el recinto de la Honorable Cámara opiniones favorablemente coincidentes a dicha caducidad por parte de la gran mayoría de los sectores políticos que la integran; la Comisión de Presupuesto y Hacienda unánimemente declara que al tratar el proyecto de ley de presupuesto para 1935, aconsejará descartar el actual impuesto a las transacciones del sistema impositivo».

**Sr. Dickmann (A.).** — Pido la palabra.

Para que quede establecido en los anales de la historia parlamentaria el verdadero autor de esta iniciativa, informaré que se debe a la pluma siempre

galante, de nuestro colega, el señor diputado Simón Padrós, si bien la subcomisión que había sido designada para redactarla estaba integrada, además, por el señor diputado Groppo y por el que habla. Como no quiero atribuirme laureles que no me pertenecen, expreso que esta declaración es íntegramente del señor diputado Simón Padrós.

**Sr. Bogliolo.** — Así, pues, estamos a cubierto de toda arremetida sobre nuestra posición en esta materia. Ha sostenido estos puntos de vista el señor ministro, aunque ahora, por razones de política, no los mantenga; los ha sostenido también la Comisión de Presupuesto, interpretando la opinión casi unánime de todos los sectores de la Cámara; y si es así, como surge de las constancias, yo me permito repetir lo que Sarmiento dijera en cierta oportunidad y que yo expresé en ocasión de tratarse este impuesto: «Triunfamos con el razonamiento y por la justicia de nuestros puntos de vista; somos derrotados por el mayor número».

Para terminar, daré a conocer algunas cifras relacionadas con el monto de los impuestos percibidos por el Estado, para poder oponerlas con ese nuevo argumento a la sanción de este impuesto.

Dijimos el año pasado al discutirse el presupuesto, que si podría sostenerse con justicia que los gastos públicos han sufrido una evolución en estos últimos años, en cambio, no podíamos admitir, en ningún momento, el razonamiento de que la percepción de impuestos en nuestro país había sufrido una disminución, que es este el punto importante, el nudo gordiano de la cuestión.

Y si examinamos la estadística de la recaudación nacional de impuestos, veremos cómo a pesar de la gran crisis, de la disminución de la capacidad contributiva de la población, no ha disminuido en el monto global ni per cápita, la suma que por impuestos el Estado ha recaudado. En el año 1926, se percibieron 619.000.000 de pesos, es decir, 58,8 por habitante, en 1927, 650.000.000 de pesos, o sea 62 por habitante; en 1928, \$ 700.000.000, o sea 64 por habitante; en 1929, \$ 704.000.000, o sea 63



por habitante: en 1930, \$ 621.000.000, o sea 54 por habitante; en 1931, pesos 662.000.000, o sea 57 por habitante; en 1932, \$ 728.000.000, o sea 61 por habitante; en 1933, \$ 725.000.000, o sea 61 por habitante; en 1934, \$ 691.000.000 — aunque ha de ser más, porque la aduana tiene superávit — lo que daría 57 por habitante, y en 1935, por cálculos oficiales, sin tener en cuenta la unificación de los impuestos, es decir, la percepción de los mismos por la reunión de todos ellos en manos del Ministerio de Hacienda, la suma a recaudarse equivalente a los años anteriores habrá de oscilar en los 750.000.000 de pesos.

En cambio, los países citados por el señor miembro informante, que han sufrido cargas derivadas de situaciones que el nuestro nunca ha tenido, que deben soportar fuertes deudas de guerra, que tienen un sistema de asistencia social encomiable del que carecemos nosotros, en fin, que no se hallan en nuestras condiciones, han disminuído a pesar de todas las circunstancias el monto total y por habitante de los impuestos. Ha ocurrido el fenómeno inverso que entre nosotros.

En Estados Unidos — y tomo estos datos de la «Revista de Política Económica» que dirige el profesor Scialoja, quien a su vez dice haberlos tomado del «Conference Board Bulletin» del 20 de Abril de 1934 — los impuestos y tasas percibidos por el Estado federal han disminuído de 3.200.000.000 en 1926 a 1.789.000.000 en 1932, lo que hace que, por habitante, en 1926 la percepción implicara 27,52 dólares y en 1932, 14,33, solamente para el Estado federal, porque aquí también se ofrecen las cifras correspondientes a los Estados provinciales. El Reino Unido ha mantenido más o menos la misma percepción, siendo, para 1930, 92 dólares por habitante, el 31/32, 94, y para el 32/33, 93. Alemania ha bajado de 53 en el año 30/31, a 37 en 32/33; Francia, de 59,47 en 1929, a 54,26.

—Ocupa la Presidencia, el señor vicepresidente 2º, doctor Roberto J. Noble.

Ofrece la estadística otro detalle interesantísimo: la relación entre el rédito tributario y el rédito nacional, que en 1930 fué de 14,6 % y en 1932, de 23. En Alemania las mismas proporciones dan el 20, 21 y 21 y en Francia, 22, 23 y 25. Si en estos países donde ha disminuído la percepción de impuestos, la relación entre el rédito tributario y el rédito nacional ha subido, ¿cómo ha de ser esa cifra en nuestro país donde el rédito tributario ha disminuído en la misma forma, pero en que la recaudación no ha disminuído en un solo centavo?

Estas son las razones que nos mueven a oponernos a la sanción del impuesto a las ventas, que esperamos no votará la Honorable Cámara para impedir que se vuelva a cargar sobre el consumidor argentino 30.000.000 de pesos que disminuyan a su vez su capacidad de consumo.

Nada más. (*Aplausos*).

**Sr. Presidente** (Noble R. J.). — Tiene la palabra el señor diputado por Santa Fe.

**Sr. Noble** (J. A.). — La cedo al señor ministro.

**Sr. Ministro de Hacienda**. — Prefiero que hable primero el señor diputado por Santa Fe.

**Sr. Noble** (J. A.). — Bien.

Hubiera deseado que el señor ministro se hiciera cargo de algunas, si no de todas — estoy seguro que no podrá hacerlo — las manifestaciones del miembro informante de la minoría, para, a mi vez, tocar algunos aspectos del problema que merecen un estudio más detenido.

No hemos nosotros abierto aún opinión pública respecto a las leyes impositivas, porque siguiendo normas y prácticas parlamentarias plausibles, nos atenemos, en todo lo que de nosotros depende, a los informes de mayoría y minoría de la comisión. Deseamos reducir los debates a sus verdaderas proporciones y cuando compartimos las conclusiones de los miembros que informan los despachos de comisión, evitamos agregar consideraciones que puedan ser redundantes. El señor diputado Bogliolo ha informado con elocuencia los puntos de vista de la minoría de la

comisión. Yo habría de seguir la práctica parlamentaria a que me he referido, si no fuera porque algunos aspectos especiales no han sido tocados.

El señor ministro de Hacienda, doctor Pinedo, ha realizado — no me causa violencia reconocerlo — un buen estudio de las leyes impositivas en general. Tal vez porque la política electoral está lejos de estas cuestiones, el ministro Pinedo se ha movido casi siempre con soltura, con agilidad y con inteligencia, dentro del marco en que debe encastrar sus funciones. En el seno de la comisión ya debió contemplar el aspecto político, y es así como puede señalarse en la ley de unificación de impuestos alguna concesión que desmejoró el proyecto primitivo. Pero, con todo, me complazco en reconocer, como digo, la seriedad del estudio que ha realizado el señor ministro de Hacienda; no quiere eso decir que en todos los casos haya obrado con igual eficacia. No le voy a hacer el cargo de que en la creación del impuesto a las ventas que proyecta haya mediado un propósito político; no podría haberlo. Pero el doctor Pinedo, en su afán de cerrar el próximo ejercicio con superávit, no por el camino de las economías, sino por el del aumento de recaudación más allá de lo calculado, más allá de las cifras que se consignan en los cálculos oficiales, ha levantado el fantasma del déficit. La Nación — ha dicho — hace grandes sacrificios para correr en ayuda de las provincias con la ley de unificación de impuestos y con su participación en réditos y en ventas, y de ahí surge el déficit. Treinta millones de pesos es lo que la Nación ha de sacrificar, según el señor ministro, para llevar a las provincias la tranquilidad de sus finanzas. Esta leyenda del déficit provocado por la ayuda a las provincias ha impresionado a la Cámara, y el señor diputado Repetto ha sometido al señor ministro, en algún momento, a un interrogatorio respecto a qué medidas piensa tomar el Poder Ejecutivo para contrarrestar el desequilibrio por la vía de la unificación de los impuestos internos.

No hay tal desequilibrio. Por lo menos no existe tal déficit en la medida que el señor ministro ha proclamado y por las causas que ha expuesto. La tan mentada ley de unificación de impuestos, si bien exigirá a la Nación en los primeros años la entrega de sumas fijas a las provincias imponiéndole el riesgo de las fallas posibles de la recaudación, no le impone, en forma alguna, un sacrificio superior a las entradas que la Nación va a obtener por vía de la unificación.

La mejor recaudación de los impuestos internos es un factor que debe tenerse en cuenta en los cálculos. El señor ministro sabe hasta qué punto la evasión ha sido un sistema afianzado en algunas zonas de determinadas provincias argentinas.

**Sr. Ministro de Hacienda.** — No olvide, el señor diputado, que el que se evade es el impuesto provincial, que va a desaparecer con la unificación. Aumentaría la recaudación si lo que hoy se evadiera fuera el impuesto nacional y por virtud de la unificación esa evasión no se produjera.

**Sr. Noble (J. A.).** — Pero los impuestos han de percibirse uniformemente en todo el país, y como en la provincia de Buenos Aires el consumo de tabaco, que es al que me voy a referir, ofrece la particularidad de haber declinado de año en año, bajando la recaudación de 6.000.000 a 2.900.000 pesos. La evasión y el fraude organizados explican esta caída de la recaudación.

En materia de tabacos, el señor ministro calcula que las provincias han percibido en 1933, 9.000.000 de pesos y que la Nación ha de recaudar, en cambio, 10.000.000 de pesos más en ese renglón al aplicarse la ley que hemos votado hace pocos días.

El cálculo no es exacto.

En virtud de las tasas aceptadas por la comisión, ha de obtenerse un aumento de un 20 a un 40 % sobre aquella cifra. La sola disminución del número de cigarrillos por paquete, importa un aumento del 20 % en el impuesto nacional que producirá en 1934 más de

70.000.000 de pesos. El aumento del 20 por ciento dará 14.000.000 es decir que se obtendrán 5.000.000 más de lo recaudado por las provincias y no 1.000.000 como se ha dicho. Y no vale el argumento que se hizo en el seno de la comisión, de que la disminución de cigarrillos se refleja, generalmente, en una disminución del consumo, en un retraimiento del consumidor. No es este el caso. El impuesto disminuye en casi todo el país. Sólo aumenta en la Capital Federal. El consumidor de la ciudad de Buenos Aires puede hallarse en el caso de que se habló en el seno de la Comisión de Presupuesto; pero el consumidor del resto del país no ha de sentir, en realidad, la disminución del número de cigarrillos, por cuanto ella está compensada con una disminución en el precio. De aquí se deduce que hay que tener en cuenta el mayor consumo, el mayor expendio de paquetes de cigarrillos, lo que ha de significarle al gobierno un aumento sensible sobre los cálculos que ha hecho públicos sobre este renglón.

En el alcohol la evasión se calculaba en 12.000.000 de pesos. Ella será evitada mediante el sistema aprobado por la Comisión de Presupuesto, con la colaboración del señor ministro; y si bien es cierto que la tasa ha sido fijada de acuerdo con las necesidades que el señor ministro expuso, no cabe ninguna duda que el nuevo sistema extenderá la aplicación del gravamen a todo el alcohol que con destinos diversos se expendía. No digo que han de obtener los 12.000.000 de pesos en que se calculó la evasión por la comisión designada por el Gobierno Provisional, pero, sin duda, ha de lograrse un aumento sensible sobre los cálculos del Poder Ejecutivo.

Es necesario contemplar, también, que a partir de este año se ha producido en todas las provincias un aumento de la recaudación de impuestos internos. Para citar un caso concreto: en la provincia de Santa Fe se recaudó por impuestos internos 7.000.000 de pesos en 1933, y en lo que va de este año han rendido en proporción tal que

nos permite esperar que al cerrar el ejercicio, esa cifra habrá sido superada en 1.000.000 de pesos. Lo mismo ocurre en todas las provincias. De manera que las cifras que el gobierno de la Nación ha asegurado a las provincias para los años futuros, están muy cerca de lo que hubiera sido la recaudación real dentro de ellas, siguiendo el sistema actual y de lo que le rendirán aplicando la nueva ley nacional.

El miembro informante de la mayoría de la comisión, al hacer el cálculo sobre lo que le significará al gobierno la aplicación de estas leyes, ha fijado en 14.000.000 de pesos lo que tendrá que entregarse a las provincias en concepto de participación en réditos. Es también un error el suponer que esto significa sacrificio para la Nación en su totalidad. Ya vamos a analizar ligeramente las facultades concurrentes de la Nación y de las provincias en esta materia, pero el gobierno de la Nación se ha asegurado, al convertir a los gobiernos provinciales en sus agentes, la aplicación del impuesto a los réditos a los sueldos provinciales. De los 1.750.000 pesos, que es la participación de la provincia de Santa Fe, por ejemplo, en el impuesto a los réditos, el gobierno de la Nación recibirá más de 1.000.000 de pesos, de los empleados provinciales.

Los 14.000.000 de pesos de participación de las provincias en el impuesto a los réditos, se reducirán así a 7 millones. De manera, pues, que el desequilibrio de 30.000.000 con que se ha alarmado a la Cámara y que se invoca para exigir la sanción de este impuesto, queda sensiblemente reducido por concepto de la mayor recaudación en impuestos internos y por la aplicación de las tasas de impuestos a la renta, a los sueldos provinciales, forma en que la Nación va a resarcirse en buena parte, de la participación que mezquinamente reconoce a las provincias.

Yo le diría al señor ministro, que tan afecto es a hacer incursiones por la política, que en el único sitio de donde yo preveo que va a tener déficit va a ser en la provincia de Tucumán.

**Sr. Ministro de Hacienda.** — Es un optimismo.

**Sr. Noble (J. A.).** — El gobierno de la Nación, y no es un cargo que alcance únicamente al actual, pues él viene siguiendo la trayectoria de los anteriores, se precipita sobre las rentas provinciales. No voy a sostener que el impuesto a los réditos y el impuesto a las ventas son gravámenes típicamente provinciales. Acepto la tesis de las facultades concurrentes; la Nación y las provincias pueden crearlos. La Suprema Corte ha dado fallos que cierran definitivamente, a mi modo de ver, la discusión. No me voy a remontar al análisis de los debates, por cierto muy interesantes, que han sido recordados por el señor diputado Martínez. Creo, por otra parte, que son de escasa aplicación; la visión de los hombres de gobierno y de los Constituyentes de 1853 ha sido superada por la realidad del país, y sus previsiones y sus juicios no tendrían cabida lógica dentro de una argumentación cerrada.

Acepto la concurrencia de facultades de la Nación y las provincias, no como expresión de la letra y del espíritu de la Constitución nacional, sino como una necesidad impuesta por los hechos, por la transformación y por la situación del país; acepto que el gobierno nacional tiene el derecho de crear el impuesto a las ventas, pero siempre que esa creación no vaya en desmedro de la facultad reconocida como concurrente de las provincias. No hay concurrencia de facultades cuando hay absorción de los recursos. Y este es el caso: la Nación, con una voracidad incomparable, se ha lanzado sobre los recursos de orden mixto, provincial y nacional, y los ha absorbido casi totalmente. Las provincias tienen la facultad de imponer a los réditos y a las ventas, pero no tendrán la posibilidad de hacerlo: en materia de ventas, porque la absorción es total y en réditos, porque la unificación es imprescindible, pues por sus características no se presta a la aplicación múltiple. No habría impuesto que se pudiera evadir con más facilidad si se establece aisladamente en una provincia, que el impuesto a los réditos. Si era indispensable la unificación de los

impuestos internos, más lo sería la de réditos. Lo hubiéramos acompañado al señor ministro a aumentar las tasas en este impuesto con el objeto de establecer esa unificación que juzgamos indispensable, con participación de las provincias en forma equitativa.

Sin esfuerzo voy a demostrar la existencia de la absorción que he señalado. Voy a presentar el caso de algunas provincias. Santa Fe, producirá alrededor de 27.000.000 de pesos en impuestos internos y recibirá tan sólo 8.700.000, es decir, un 33 % en 1935. Buenos Aires, producirá 48.000.000 y recibirá 14, es decir, un 29 %, y Entre Ríos producirá 11.000.000 y recibirá 2.800.000.

**Sr. Ministro de Hacienda.** — ¿Cuál es el concepto de «producirá»?

**Sr. Noble (J. A.).** — Tomo todavía — y el señor ministro me brinda la oportunidad de aclararlo — como que todos los habitantes del país consumen exactamente lo mismo, es decir, que el impuesto incide sobre todos ellos en la misma proporción.

**Sr. Ministro de Hacienda.** — ¿Por cabeza de población?

**Sr. Noble (J. A.).** — Por cabeza, cuando es bien sabido que los habitantes de la Capital Federal, Santa Fe, Buenos Aires, Entre Ríos y Córdoba, consumen mucho más y por consiguiente son contribuyentes en forma superior por unidad.

**Sr. Ministro de Hacienda.** — Entonces, para las provincias opuestas no rige la misma ley. La Nación les da más de lo que producen.

**Sr. Noble (J. A.).** — Pero como las provincias opuestas son las provincias pequeñas, que reciben poco, estamos entonces en que la Nación absorbe la renta de las provincias grandes para ir en ayuda, desde luego insignificante, de las provincias pobres.

No es mi propósito censurar el auxilio a las provincias pobres. Lo que estoy evidenciando es la forma en que la Nación practica la absorción de los recursos que son comunes de la Nación y de las provincias, con respecto a las más pobladas.

En réditos, con el mismo criterio pue-

de calcularse que cada habitante produce 7 pesos. Santa Fe producirá pesos 12.500.000 y recibirá tan sólo pesos 1.750.000, es decir, un 15 %; Buenos Aires 20.000.000 y recibirá pesos 4.744.000, o sea un 23 %. Entre Ríos 5.000.000 y recibirá 670.000, es decir un 13 por ciento.

En el impuesto a las ventas se produce exactamente la misma desproporción.

Entre nosotros, los impuestos no se crean con fines económicos o sociales. La creación ha obedecido siempre sólo al propósito de evitar los déficit. Si existe la posibilidad de un déficit determinado, se crea un impuesto en la proporción necesaria y con eso la función de los señores ministros de Hacienda nacional y provinciales concluye generalmente. Cuando, como en el caso de Santa Fe, se ha insinuado la posibilidad de tomar el impuesto como un medio de transformación social y económica, la voz de las instituciones representativas, de las llamadas fuerzas vivas, se ha alzado para señalar el procedimiento revolucionario de aquel gobierno, no faltando en ese coro, la voz del actual ministro de Agricultura, afectado por la medida «extremista» de establecer una escala progresiva en el impuesto a la tierra.

También me remitiré, a ese procedimiento habitual, para analizar la situación actual. Los presupuestos de las provincias y la Municipalidad de Buenos Aires equivalen al 45 % del presupuesto de la Nación; y si los nuevos impuestos deben atender las necesidades fiscales de la Nación y de las provincias, lógico sería que ellos se repartieran en esa proporción.

El señor ministro cree que hace un sacrificio inmenso cuando reconoce a la Municipalidad de la Capital y a las provincias un 17 y  $\frac{1}{2}$  % de participación.

Lo mismo se sostiene para el impuesto a las ventas. Comparto las opiniones que respecto a este impuesto ha vertido el señor diputado Bogliolo. Es un mal impuesto que viene a substituir a otro peor, pero no es ése un mérito;

un impuesto peor que en algunos de sus aspectos presentaba ligeras ventajas. El impuesto a las ventas va a incidir sobre el industrial o importador, en el caso de que no pueda trasladarlo al consumidor, o directamente sobre éste en caso contrario y quedará totalmente libre el intermediario. El impuesto a las transacciones ofrecía la ligera ventaja de que el intermediario debía hacer el leve sacrificio de pagar el 3 por mil.

Hay industrias, señor ministro, que no pueden soportar en ninguna forma el impuesto a las ventas. No es el caso de invocar los antecedentes citados por el señor miembro informante sobre lo que ocurre en los países europeos, en Francia, en Bélgica, en Suiza, en Checoslovaquia, que tienen regímenes impositivos distintos, y que, por otra parte, están agobiados por las deudas de la guerra. Aun en esos Estados, el impuesto no se aplica con una tasa uniforme, sino que las ventas de artículos de lujo y de medio lujo están más gravadas.

Se observa, además, cómo sigue en los últimos años una escala descendente.

Algunos casos revelan hasta qué punto este impuesto ha sido mal estudiado, y hasta qué punto es una excepción en el excelente estudio que el señor ministro ha realizado en materia impositiva.

La yerba pagará el impuesto a las ventas; cinco de los principales productores y molineros a la vez, con balances declarados, conocidos por las publicaciones oficiales, y cuyo capital es de 7.500.000 pesos, han acusado el año pasado una ganancia total de pesos 120.000. La imposición del gravamen a las ventas les significará una erogación de 180.000 pesos.

**Sr. Ministro de Hacienda.** — ¿Para quién? ¿Para ellos?

**Sr. Noble (J. A.).** — Para ellos.

**Sr. Ministro de Hacienda.** — Entonces, no es un impuesto al pueblo.

**Sr. Noble (J. A.).** — He dicho, señor ministro, que en algunos casos el im-

puesto tendrá que ser cargado por el industrial y en otros por el consumidor; tendrá que ser cargado por los industriales que, por la competencia, están vendiendo en el límite del precio de costo. La concurrencia le obligará a hacer el sacrificio de cargar con el impuesto. Y tendrá que ser soportado por el consumidor, señor ministro, cuando el industrial está trabajando con márgenes amplios y sin competencia, como en el caso de las industrias protegidas.

—El señor diputado Simón Padrós hace una manifestación que no aleaza a percibirse.

**Sr. Noble (J. A.).** — Creo, señor diputado, que sería indispensable, como sostuve en la comisión, que la yerba figurara entre los artículos eximidos. Ahora lo he citado con el propósito de demostrar cómo hay industrias que no podrán soportar el gravamen del 2 por ciento.

Se ha seguido un criterio equivocado no sólo en general, sino también en particular.

No quiero hacer una larga exposición y por eso me remito a ejemplos muy precisos y sobre todo a un número reducido.

Las exenciones han sido establecidas sin lógica. Así se eximen artículos que soportarían el impuesto y se grava a otros que no lo resistirán; se eximen artículos que no son de primera necesidad y se cargan sobre algunos que lo son. Es el caso de los cigarrillos y de la yerba. Sostengo que el cigarrillo puede soportar el impuesto a las ventas, porque constituye una industria próspera y seguirá siéndolo mucho más con la disminución del número de cigarrillos por paquete. Los industriales venderán muchos más paquetes, ganando en cada uno más o menos lo mismo que ahora. Su ganancia por paquete será, en el peor de los casos, muy poco menor; pero en el conjunto de las ventas se habrán beneficiado sensiblemente.

Tomando siempre el caso de los cigarrillos, artículo que desde luego no es de primera necesidad y poniéndolo frente al caso de los fósforos — ar-

tículo que, por cierto, no se emplea solamente para encender cigarrillos — vemos que éstos tendrán que pagar impuesto. También tendrá que pagarlo la yerba, lo mismo que los fideos. Y así otros artículos nobles.

¿Qué criterio se ha seguido? Es difícil que el señor ministro pueda aclarar estos ejemplos, que por cierto no son los únicos que puedo dar a la Cámara.

**Sr. Ministro de Hacienda.** — El señor diputado estaba presente cuando se aprobó el proyecto, de modo que conoce el criterio que se ha seguido. Por otra parte, no es el ministro, sino la comisión quien aprobó los despachos.

**Sr. Noble (J. A.).** — Pero el señor ministro comparte las conclusiones de la comisión la que, por otro lado, no ha hecho otra cosa a este respecto que seguir sus inspiraciones. Es, pues, el señor ministro quien tendrá que aclarar a la Cámara estos casos concretos.

**Sr. Ministro de Hacienda.** — O cualquiera de los miembros que haya estado presente en la comisión, el señor diputado inclusive.

**Sr. Noble (J. A.).** — Será interesante que lo aclare el señor ministro a la Cámara, porque no me lo aclaró a mí en el seno de la comisión. Si me lo hubiera aclarado en aquella oportunidad, no habría traído estos ejemplos al recinto, corriendo el riesgo de que el señor ministro demuestre que no tengo razón.

Reconozco la capacidad de los asesores del señor ministro. Creo, y no me he hecho violencia ayer al recoger en la comisión una iniciativa del señor ministro, que merecen una retribución superior a la que en este momento reciben. Pero debo rectificar sus cálculos, ya que ellos han sido expuestos por el miembro informante, señor Bustillo.

No comparto, desde luego, las conclusiones del estudio de la Unión Industrial Argentina.

Sería, por otra parte, inexplicable que hiciera mía la opinión de la Unión Industrial Argentina, que no siempre ha estado en la buena senda, pues ha aplaudido los malos proyectos del Poder Ejecutivo. Pero no quiere decir esto

que la Unión Industrial Argentina no tenga razón al sostener que el impuesto va a rendir sensiblemente más de lo que el señor ministro calcula; yo sostengo que va a rendir mucho menos de lo que la Unión Industrial Argentina ha expuesto, pero, que va a rendir considerablemente más de lo que el señor ministro ha dicho.

Analizaremos por partes los tres renglones: importación, exportación e industria nacional.

Para establecer lo que producirá el impuesto en materia de importación, se han tomado las cifras de 1933, y ya existen las de 1934 que permiten actualizar los cálculos.

En 1933, las importaciones sumaron \$ 897.000.000; en 9 meses de 1934, han sumado \$ 801.000.000, aumento que significa el 21,3 % sobre 1933. Yo acepto el criterio del Poder Ejecutivo y aplico tan sólo el coeficiente de aumento a la cifra que el ministro de Hacienda dió a conocer a la Cámara y que ayer refirió el miembro informante, y llego a la conclusión de que el rendimiento será de \$ 21.600.000, es decir \$ 3.600.000 más de lo que calcula el Poder Ejecutivo. Como digo, me atengo en este cálculo, al criterio del Poder Ejecutivo y no hago sino actualizar cifras.

Analizo la forma como el Poder Ejecutivo ha establecido las cifras correspondientes a importaciones, se llega a cálculos mucho más favorables para la Nación. La exportación libre de derechos, que es lo que ha sido deducido en el cálculo a los efectos de la aplicación, fué en 1933 de 26 %, y en lo que va de 1934, es de 26,7 %. El Poder Ejecutivo eleva este porcentaje del 26 al 40 %, considerando que debe ser tomada también en cuenta la importación de una cantidad de materias que son de consumo directo por los propios importadores. Pero el análisis de las cifras consignadas en el Boletín de la Dirección General de Estadística de la Nación, respecto a los 9 primeros meses, no autoriza a elevar el 26 % al 40 %. A lo sumo se puede aceptar que no pagarán el impuesto, de acuerdo a lo que la ley establece, un

30 % de las materias que se van a importar.

La importación imponible, deduciendo el 30 % llega a 755.000.000, a lo que es necesario recargar, como lo hizo notar ayer el miembro informante, los derechos aduaneros que suman 250.000.000 de pesos, con lo que se obtiene la suma de \$ 1.005.000.000; sobre esto se debe cargar los gastos generales y la ganancia del importador, que el Poder Ejecutivo calcula en 15 % cuando es sabido que no bajan, en conjunto del 20 %. El total imponible será por consiguiente \$ 1.200.000.000; el 2 % sobre 1.200.000.000 arroja 24.000.000, es decir, 6.000.000 más de lo calculado por el Poder Ejecutivo. Esto siempre que el año próximo no siga aumentando la importación.

En cuanto a la exportación, estamos exactamente en la misma situación: el Poder Ejecutivo calcula el rendimiento del impuesto sobre el total de lo exportado en 1933, que es sensiblemente inferior a lo que se exportará en 1934. En 1933 la exportación sumó pesos 1.120.000.000, y aplicando los coeficientes de aumento de los 9 primeros meses, se llega a establecer que en 1934 no será en ninguna forma inferior a pesos 1.470.000.000. El 3 o/oo hace un total de \$ 4.410.000, es decir, \$ 800.000 más de lo calculado por el Poder Ejecutivo.

**Sr. Dickmann (E.).** — ¿Me permite el señor diputado una breve observación?

A mi entender, la suma de importación y de la exportación, en 1934, no ha aumentado; lo que ha disminuído es el valor del peso. El peso se ha achicado.

**Sr. Noble (J. A.).** — Así es, señor diputado.

**Sr. Dickmann (E.).** — El monto en pesos es mayor, sin que haya aumentado en la misma proporción el volumen de las importaciones y exportaciones sobre las que van a recaer el impuesto. Esto hace mucho más grave la situación.

**Sr. Noble (J. A.).** — Es exacta la observación.

**Sr. Dickmann (E.).** — El peso de 1934 es más chico que el peso de 1933.

**Sr. Noble (J. A.).** — Sí, señor diputado. Pero a los efectos de la aplicación del impuesto, los 1.470.000.000 de «pesos chicos» rendirán 4.410.000 «pesos chicos» también. Y esos pesos son los que le interesan al Poder Ejecutivo.

**Sr. Repetto (N.).** — Que se van a sacar a los productores agropecuarios, porque el precio se reducirá en la misma cantidad con que se grava el producto.

**Sr. Ministro de Hacienda.** — No tengo la seguridad del señor diputado Repetto sobre esa conclusión, que no está muy de acuerdo con otras afirmaciones escritas del señor diputado a las que podremos aludir dentro de breves minutos.

**Sr. Repetto (N.).** — Es evidente que el impuesto a la exportación va a incidir sobre el productor...

**Sr. Ministro de Hacienda.** — En cuanto no haya precio mínimo garantizado por el Estado.

**Sr. Repetto (N.).** — El precio del producto se reducirá en la misma cantidad en que se fije el impuesto.

**Sr. Ministro de Hacienda.** — Es justamente la tesis sostenida por nosotros, señor diputado Repetto; pero en este caso no será así, por el establecimiento de los precios mínimos.

**Sr. Repetto (N.).** — Llama la atención esta posición, contradictoria con la preocupación del gobierno por valorizar la producción agropecuaria: se ha querido valorizarla por los decretos del 28 de Noviembre, y, por otra parte, se le quiere aplicar un impuesto para que el gobierno se quede con los 4 y pico millones de pesos.

**Sr. Presidente (Noble R. J.).** — ¿Ha terminado el señor diputado por Santa Fe?

**Sr. Noble (J. A.).** — No, señor presidente; pero como las interrupciones son muy ilustrativas, las acepto gustoso.

**Sr. Repetto (N.).** — Muchas gracias, y le ruego me disculpe.

**Sr. Ministro de Hacienda.** — Si el señor diputado por Santa Fe me permitiera, para no tener que hacer luego una exposición, diría que es absolutamente exacto lo que ha dicho el señor diputado Repetto sobre el efecto general de los impuestos a la exportación, y así lo hemos sostenido juntos durante infinidad de años. El impuesto a la exportación tiene por efecto colocar al producto dentro del mercado interno a un precio igual al del mercado mundial, menos el impuesto.

**Sr. Dickmann (E.).** — Por eso, cuando votamos ese mal impuesto propusimos que recayera sobre la renta de la tierra...

**Sr. Ministro de Hacienda.** — Sí.

**Sr. Dickmann (E.).** — ...que se redujera el arrendamiento en proporción al impuesto a la exportación.

**Sr. Ministro de Hacienda.** — Es muy cierto, señor diputado, y que a pedido del ex diputado Justo, traduje yo para «La Vanguardia» un artículo, Lexis, sobre el impuesto de exportación. De todo eso me acuerdo perfectamente; pero todo andaría muy bien si a veces no se dijeran cosas contradictorias, como resulta del famoso prólogo que el señor diputado Repetto ha puesto al discurso del señor diputado Dickmann. Por ejemplo, dice en ese prólogo, algo así: «En tiempos normales los exportadores ofrecen las divisas disponibles por intermedio de los bancos y las venden al que da por ellas mayor número de pesos argentinos. El sistema ideado por el ministro de Hacienda con el decreto de 28 de Noviembre, crea un mecanismo según el cual el gobierno se incauta de las letras disponibles pagándolas a un 20 % más sobre su valor, y luego las negocia entre los necesitados de las mismas, asegurándose un margen de ganancia propia. Con este nuevo mecanismo el gobierno rebaja el valor del peso argentino y crea un impuesto disimulado a la importación.» Todo esto es fundamentalmente equivocado. El gobierno...

**Sr. Repetto (N.).** — Dice que es un impuesto disimulado a la importación.



**Sr. Ministro de Hacienda.** — Es precisamente a la inversa: es un impuesto disimulado a la exportación y lo es, señor diputado, porque en lugar de pagarse 20 % más de su verdadero valor, paga 10 ó 15 % menos. De manera, que los párrafos del prólogo no tienen más defecto que el de estar totalmente equivocado en su conjunto y en sus partes.

—Ocupa su banca en el recinto, el señor ministro de Agricultura, ingeniero Luis Duhau.

**Sr. Repetto (N.).** — Se refiere a un sistema de cambio que está manejado por el gobierno con precios que el gobierno establece; no es un mercado libre. Es evidente que el gobierno habría aumentado...

**Sr. Ministro de Hacienda.** — Va a ser difícil hacer rimar todo esto, señor diputado.

**Sr. Repetto (N.).** — Está todo muy claro.

**Sr. Ministro de Hacienda.** — Que el gobierno compra por más de su valor las letras, es enteramente inexacto, porque el gobierno las compra por menos de su valor.

**Sr. Repetto (N.).** — Es el gobierno el que compra, poniendo precio a los cambios.

**Sr. Ministro de Hacienda.** — El precio lo pone la importación.

**Sr. Repetto (N.).** — Es un régimen gobernado, controlado por el gobierno.

**Sr. Ministro de Hacienda.** — El señor diputado Repetto cree que cuando compramos por 15 pesos la libra las letras de la exportación, pagamos un 20 % más de su valor. ¿Hay un impuesto disimulado a la exportación?

**Sr. Repetto (N.).** — No digo a la exportación, sino a la importación.

**Sr. Ministro de Hacienda.** — Si se refiere a la importación, está fundamentalmente equivocado.

**Sr. Repetto (N.).** — No lo comprendo.

**Sr. Presidente (Noble R. J.).** — Con-

tinúa con la palabra el señor diputado por Santa Fe, y ruego a los señores diputados y al señor ministro, se sirvan no interrumpir.

**Sr. Noble (J. A.).** — Ahora resulta que el señor ministro ha querido que el señor diputado Repetto contestara al señor diputado Repetto.

Según la interpretación del señor ministro, el cargo que ha formulado el señor diputado Repetto sería exacto, respecto a que el gobierno ha creado un gravamen a la exportación y ahora le va a imponer otro.

**Sr. Ministro de Hacienda.** — Pero entonces no entiende las cosas que se dicen. ¡Son tan claras!...

**Sr. Dickmann (E.).** — ¿Me permite el señor diputado por Santa Fe una interrupción...

**Sr. Noble (J. A.).** — Sí, señor diputado.

**Sr. Dickmann (E.).** — Los precios mínimos no rezan con las carnes, cueros, lanas y una cantidad enorme de productos.

**Sr. Ministro de Agricultura.** — Con la lana no se obtienen beneficios de cambio y respecto de las carnes hay una junta reguladora...

**Sr. Noble (J. A.).** — Yo temo la intervención del señor ministro de Agricultura porque nos va a llevar a un terreno en que podríamos encontrarnos en otro momento, pero que no es oportuno ahora.

**Sr. Ministro de Agricultura.** — De todos modos no le he quitado mucho tiempo al señor diputado.

**Sr. Noble (J. A.).** — Llegamos al tercer renglón: a lo que ha de producir el impuesto que ha de ser pagado por el comercio y la industria nacionales. La Unión Industrial calcula la producción nacional en 5.460 millones de pesos, es decir, que se atiene a un cálculo del año 1927 que en forma alguna voy a mantener. El ministerio por su parte reduce el valor de la producción a 1.960 millones y lo calcula según declara, en base a lo producido por el impuesto a las transacciones. Es bien sa-

bido y el señor ministro de Hacienda lo ha reconocido, que la evasión en réditos y transacciones ha sido y es muy importante. De manera que los cálculos que se basen en el producido de réditos y transacciones adolecen de una falla en menos. Los 1.960 millones calculados en esta forma se elevan a 2.400 millones, a poco que aceptemos, y el señor diputado Bogliolo ha dado cifras que nos permitirían establecer coeficientes muy superiores, que la evasión es de un 20 %. Estableciendo sobre estas cifras las deducciones que el ministerio ha hecho conocer entre las materias exentas, azúcar, 130.000.000, vino 80, tabaco, 96, lencería, 55, cerveza, 40, alcohol, 20, afrecho, 20, construcción y pavimentos, 300, se llega a 730.000.000.

Los 300.000.000 en que se calcula la exención a construcciones y pavimentos, no pueden ser totales. Quedarían exentas las operaciones de construcción y de pavimentos, pero no están exentas las ventas de los materiales a emplearse: piedra, cemento, cal, ladrillos.

Los 640.000.000 en que cautelosamente los asesores del señor ministro de Hacienda y el señor ministro de Hacienda fijan la cifra imponible de la producción nacional, se elevan, por los cálculos y la aplicación de coeficientes que ligeramente he dado a conocer, a la suma de 1.100.000.000 de pesos, que distan mucho de los 5.400 de la Unión Industrial, y de los 640 del señor ministro. El 2 % produciría 22.000.000 contra 12.800.000 en que calcula el Poder Ejecutivo y 57.000.000 que ha calculado la Unión Industrial.

En resumen, 48.000.000 de pesos descompuestos en esta forma: 21.600.000 de la importación, 4.400.000 de la exportación y 22.000.000 de la producción nacional, contra 34.000.000, que calcula el ministerio.

Aceptando el coeficiente de un 15 % para fallas, provisoriamente fijado por el ministro y sus asesores, el rendimiento será de 40.000.000 en vez de 29, que es lo que el ministro desea obtener.

Obtendrá más pero desea aparecer obteniendo sólo 30.000.000 de pesos, que

le son necesarios para nivelar el déficit que, dice, le han impuesto las provincias por la ley de unificación y por la participación en réditos.

**Sr. Ministro de Hacienda.** — Pero me dice que eso no va a dar déficit.

**Sr. Noble (J. A.).** — Por eso digo lo que el señor ministro desea.

**Sr. Ministro de Hacienda.** — ¿Entonces querría hacer una alcancía con el dinero?

**Sr. Noble (J. A.).** — El señor ministro desea y es un propósito que si lo cumpliera por vía de economía sería plausible, obtener superávit al final del ejercicio, y desea por eso la mayor cantidad de recursos. De esa manera se asegurará la gloria, por cierto muy poco frecuente, y muy frágil, de cerrar un ejercicio del gobierno nacional con superávit.

Yo quisiera que el señor ministro tuviera éxito en esta gestión sin crear gravámenes como éste. Si es necesario crearlos se le han señalado caminos por los que puede obtener recursos más que suficientes. Le bastará poner en juego el ascendiente que tiene sobre la mayoría de esta Cámara, para obtener de ella la votación de gravámenes como el adicional a las herencias y el aumento a las tasas de los réditos en la parte superior de la escala, aumento que el señor ministro resiste diciendo que es imposible, pero que tengo la absoluta seguridad de que contempla con simpatía.

Si la Cámara vota este impuesto, propondré que su distribución se haga en proporción muy superior a la que ha votado ayer en materia de réditos entre la Nación y las provincias. Propondré el 50 por ciento.

Acepto la ficción de que todos somos aquí diputados de la Nación y no diputados de las provincias, pero declaro que me preocupa en este momento por sobre todo la defensa de los intereses de los productores y de los habitantes de Santa Fe. Votaremos contra este impuesto que ha de incidir sobre ellos en no menos de 4.400.000

pesos sin que el gobierno de la provincia perciba más de 500.000 pesos.

Deseamos iniciar y llevar adelante una política de evolución en materia impositiva y por eso reclamamos de la Nación el respeto de las facultades de las provincias que no aparecen contempladas en estos proyectos.

Repito que no hay facultades concurrentes entre Nación y provincias cuando hay absorción por parte de aquélla. Y con este criterio he de proponer que este mal impuesto, del que nosotros somos opositores y contra el cual hemos de votar, si la Cámara lo sanciona, sea distribuido en proporciones iguales entre la Nación y provincias, para poder corregir, dentro de la de Santa Fe, mediante la participación que ha de correspondernos, los defectos que el régimen impositivo actual tiene y que este proyecto agrava.

Nada más. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*).

**Sr. Ministro de Hacienda.** — Pido la palabra.

Me hago cargo, perfectamente, de la situación en que hablo, defendiendo un proyecto que tiene una rara impopularidad, una honorable impopularidad, diría algún escritor contemporáneo, y debo hacerlo después de los discursos que acabamos de oír, respecto de los cuales ni siquiera tengo el derecho de elogiarlos, porque voy a merecer una catilinaria como la que sufrí días pasados por haber destacado el acierto de algunos de los miembros de los partidos opositores.

Este es un impuesto combatido por los que sostienen tesis opuestas. Los señores diputados socialistas lo han atacado, especialmente en cuanto lo consideran un gravamen al consumo; pero lo atacan con igual energía los que creen que este impuesto no pesará sobre el consumo sino sobre la producción o pesará sobre el comercio, no faltando quienes lo censuren por ser un impuesto sobre la importación o un impuesto sobre la exportación.

Lo que es evidente es que el impuesto no puede ser todas esas cosas al mismo tiempo. Si lo pagan los consumidores, será porque lo han hecho incidir

sobre ellos los comerciantes o productores, y entonces éstos no resultarán gravados y tendrían una personería escasa para impugnar el impuesto. Si son los productores o los comerciantes quienes van a satisfacerlo en definitiva instancia, los consumidores tienen poco de qué quejarse y resultaría que este grueso tributo habría de sumarse a los que sisan el provecho industrial o comercial y no a los que pesan sobre las masas más desposeídas.

Es evidente que todo el mundo se suma en la oposición, tanto los que ven en él una nueva carga que se agregaría a las que el país ya soporta, como aquellos que no tienen derecho a considerar todos los impuestos como una causa de empobrecimiento colectivo, por las teorías económicas que sustentan.

¿Conciben los señores diputados que sumen todos los impuestos, para calcular las cargas que pesan sobre el país, los proteccionistas, los industriales amparados por la aduana, aquellos que han sostenido durante años y siguen sosteniendo que barreras puestas alrededor del país para fomentar la producción argentina, lejos de empobrecer, enriquecen? Es una suma típica de peras con manzanas. No cabe la adición de términos tan antagónicos. No pueden protestar en igual forma por la magnitud de los tributos aquellos que querrían derogar unos cuantos y aquellos otros que preferirían aumentarlos. Si el conjunto de los impuestos es grande, pesado, exorbitante, ¿podríamos tocar alguno? ¿Qué les parecería si empezáramos por tocar la aduana; si disminuyéramos algunos de esos impuestos? ¿Se sentirían satisfechos los que protestan de que la carga es excesiva? Los señores de la Unión Industrial, por ejemplo, que hacen cabeza en este movimiento, ¿ereerían, entonces, que aliviarnos al pueblo argentino?

Es evidente, señores diputados, que esa tesis no es defendida por todos, y que la yuxtaposición de elementos heterogéneos en la campaña opositora al proyecto no puede ser sino una unión artificiosa de elementos que pueden coincidir en la crítica, pero que, al rato, no coincidirían en la solución.

Tributos, no son sólo los que ingresan en las areas federales; tributo es lo que paga el pueblo de la República y que embolsan los fabricantes o industriales protegidos. Es asombroso que ese grupo pueda darse el brazo con nuestros amigos de la izquierda para marchar juntos por la calle reclamando al unísono la disminución de las cargas impositivas, de aquellas que enriquecen al fisco y de aquellas que enriquecen a ellos mismos.

**Sr. Noble (J. A.).** — Es una mala concordancia, como todas las concordancias. (*Risas*).

**Sr. Ministro de Hacienda.** — Si el señor diputado estuviera obligado a no tener concordancia con nadie, su marcha hacia el salvajismo sería vertiginosa. (*Risas*).

**Sr. Noble (J. A.).** — Lo que pasa es que el señor ministro ha convertido la concordancia en una mala palabra.

—El señor diputado Biancofiore pronuncia unas palabras que no alcanzan a percibirse.

**Sr. Presidente (Noble R. J.).** — Sírvanse no interrumpir los señores diputados.

**Sr. Ministro de Hacienda.** — También se quejan como de uno de los tributos que no puede soportarse en este momento, junto con el impuesto a las ventas, de lo que se obtiene por beneficio del cambio. ¿Crearían que es conveniente que demos cambio para introducir aquellos productos que hacen concurrencia a esos industriales y comerciantes? Tampoco estamos lejos de esa solución; pero tengo cierto barrunto de que si ésa es la vía que tomamos, la desgravación no será de la satisfacción de todos, no va a ser algo que aplaudan todos los que hoy unen sus voces para criticar estas medidas. En cuanto se conversa con ellos en particular surge a las claras el antagonismo de intereses. Si yo fuera infidente — no voy a serlo — y dijera en público lo que cada uno de los gremios interesados nos dice sobre este impuesto, muchos se pondrían colorados, porque cada uno lo cree malo en cuanto lo grava, y magnífico en cuanto afecta al vecino: cada uno propone una solución apropiada para que

las cargas del Estado pesen sobre el de al lado. Pero como eso desharía la concordancia a que alude el señor diputado Noble, se ocultan los argumentos y se presenta ante el país estos hechos con los caracteres de la evidencia, llamando hacia la misma bandera de enganche la contribución de todos los vientos: ¡exceso de impuestos, no más impuestos. a disminuir impuestos!

**Sr. Dickmann (A.).** — Eso afirmaba el manifiesto de la «Concordancia» el año pasado. La «concordancia parlamentaria» manifestó al país que no votaría más impuestos.

**Sr. Ministro de Hacienda.** — Lo que quiero decir, si el señor diputado Dickmann tiene la amabilidad de escucharme, de poner voluntad en entenderme y de no interrumpirme...

**Sr. Repetto (N.).** — Sobre todo con recuerdos como ése.

**Sr. Dickmann (A.).** — Estoy de acuerdo con el señor ministro de que es un error considerar en globo, malos todos los impuestos, cualquiera sea su naturaleza...

**Sr. Ministro de Hacienda.** — Perfectamente.

**Sr. Dickmann (A.).** — ... pero le hago recordar que forma parte de un conglomerado de gobierno que ha dado al país un manifiesto en ese sentido. De modo que mi recuerdo es pertinente.

**Sr. Ministro de Hacienda.** — Precisamente lo que quiere el gobierno nacional es no aumentar los impuestos y substituir algunos de ellos por otros. Lo que estoy diciendo es que la campaña artificiosamente hecha por la yuxtaposición de todos los elementos contra el impuesto, al grito de «no más impuestos, menos impuestos», va a producir una escisión inicial en el movimiento, porque tendrá que apartarse de ella el grueso grupo industrial, amparado por la aduana federal, que no puede pedir con algún fundamento que ciertos impuestos se disminuyan.

**Sr. Noble (J. A.).** — Pero el señor ministro ha declarado que por una escisión de la mayoría, no lo acompañan en materia de impuestos a las herencias.

**Sr. Ministro de Hacienda.** — Ya nos vamos a ocupar de eso, y le deseo alguna vez al señor diputado por la provincia de Santa Fe tener en los cuerpos políticos de su país el mismo calor de amistad que me profesan los partidos a los cuales yo no pertenezco, lo que honra por igual al ministro que habla y a los partidos, porque nos hemos formado sobre la base del respeto político tenido al adversario en la acción de todos los días. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*).

**Sr. Noble (J. A.).** — Los países no se gobiernan con criterio de amigos.

**Sr. Ministro de Hacienda.** — Pero puede gobernarse muy bien y deliberarse como entre amigos como deliberamos con el señor diputado por Santa Fe, no obstante su exposición detonante y su amabilidad característica e inconfundible. (*Risas*).

**Sr. Noble (J. A.).** — Es una deferencia del señor ministro que no tiene amabilidad, por cierto.

**Sr. Ministro de Hacienda.** — Si se toma artículo por artículo, la división en los que se oponen a este impuesto resulta más evidente.

¿Creen los señores diputados que los industriales que se quejan de este tributo no encuentran entre sus propios congéneres alguna víctima propiciatoria indicada? Sí, la encuentran y la señalan a cada momento. «Graven los tejidos» — dicen los fabricantes de otros productos — las fábricas de tejidos ganan mucho; los tejidos dejan hoy un enorme margen de ganancia»; lo que no ha impedido que el más conspicuo representante de esa industria firme, casi inocentemente, la nota en que se solicita el rechazo de este impuesto. Lo dice como si fuera empujado por los demás y los demás, a su retaguardia, desean reemplazar este impuesto por el de los tejidos.

Lo mismo pasa con otros fabricantes e industriales a quienes se considera capaces de soportar un nuevo tributo. Los del tejido o los de otros productos, en privado y no en público, expresan que hay industrias en situación de ganancia que soporta con facilidad este nuevo gravamen.

De donde se desprende, señor presidente, que si podríamos estar fácilmente de acuerdo en la solución sencilla y simplista de no votar este impuesto a las ventas, no encontraríamos después igual uniformidad en la indicación del impuesto que habría de substituirlo, y supongo que todo el mundo creerá, como cree el gobierno, que los gastos del Estado deben ser satisfechos, que las exigencias perentorias de la Nación tienen que ser cubiertas y que no es posible, como régimen financiero, el de gastar más de lo que se tiene girando sobre un porvenir incierto.

Pero no es sólo, señores diputados, la coincidencia de los diversos sectores industriales y comerciantes del país lo que caracteriza esta oposición al impuesto. La es también, de aquellos que consideran pródigo al gobierno y los que lo presentan como la manifestación típica del espíritu voraz de los gobernantes actuales; el fisco nacional que se ha lanzado — como decía el señor diputado por Santa Fe — sobre todos los recursos de la Nación y sobre todos los recursos de las provincias, que los devora. Soplan hoy de ese lado los mismos que hasta ayer, creyendo también enganchar un fuerte contingente opositor a los proyectos del gobierno, decían al oído de las provincias: cuidado con los proyectos federales, el gobierno les tiende a ustedes un lazo, pretende dejarles sin entradas, pidan ustedes más. Así se registraban en las columnas de cierto diario con meticulosa prolijidad cada una de las reclamaciones provinciales que se creyó podían obstruir el proyecto. Se fué a la lejana Salta a buscar cierta parte de las tropas de asalto; luego se recurrió a otras regiones argentinas, y se encontró en Corrientes un eco auspicioso: las provincias pedían más. Había posibilidad de organizar una fuerte resistencia a los proyectos de unificación del gobierno y entonces se batió el parche sobre ese costado. Pero la unificación pasó y entonces es necesario, señores diputados, dar la media vuelta y acusar al gobierno nacional de dispendioso, de derrochador, de haber tirado el dinero y la casa por la ventana, regalando a las pro-

vincias recursos de que carece y de ir a buscar en el tributo el equivalente de que así había dispuesto. Holgaría decir en esta Cámara que no es cierto ni lo uno ni lo otro, que no hemos sido dispendiosos hasta extremos vituperables respecto de las provincias, ni hemos procedido con ellas con la injusticia notoria a que hacía referencia el señor diputado por Santa Fe.

De pronto vemos jugar aquí porcentajes, y éste es un instrumento de raciocinio eficaz en los que saben manejarlo — entre los que cuento por cierto a un ingeniero como el señor diputado Noble — pero que confunde el juicio de las gentes sencillas en cuanto aparecen expresados por esos números, ciertos conceptos. La provincia de Santa Fe paga tanto, recibirá tanto por ciento; la de Buenos Aires paga tanto y recibirá tanto por ciento... Y yo me preguntaba: ¿conciben los señores diputados que la Nación, que no tiene colonias, que no es sino la unión de provincias y territorios argentinos, cobre el impuesto y dé a las provincias y territorios algo más que una parte alícuota? Si diera más tendría que sacar recursos de otras partes. Da una común participación, generosa o no, que la Cámara ha aprobado ayer, mientras el señor diputado por Santa Fe estaba ausente lo que justifica hoy el discurso; da a las provincias una parte necesaria para que puedan vivir, reemplaza los impuestos que hoy tienen y que a breve término tendrían si no quisieran que se acentuara el proceso de déficit periódico, de endeudamiento paulatino, en que están casi todos los Estados argentinos.

**Sr. Noble (J. A.).**—Eso respecto a impuestos internos. El señor ministro no recoge lo referente a réditos y ventas.

**Sr. Ministro de Hacienda.** — Me refiero a todos los impuestos. La Nación si quiere quedarse con algo no puede dar a las provincias sino una parte menor que lo recaudado en cada una de ellas.

**Sr. Noble (J. A.).** — ¿Por qué? Son facultades concurrentes.

**Sr. Ministro de Hacienda.** — Pero ¿con qué se quedaría la Nación?

**Sr. Noble (J. A.).** — Pero si se habla de réditos...

**Sr. Ministro de Hacienda.** — De todo.

**Sr. Noble (J. A.).** — Son impuestos que pueden ser perfectamente bien distribuidos a 50 % entre la Nación y las provincias.

**Sr. Ministro de Hacienda.** — El 50 por ciento significaría también dar menos de lo que las provincias producen y eso es lo que se ha criticado.

Me he esforzado en explicar desde las columnas de «La Nación», — y ayer lo hizo acabadamente el señor diputado Bustillo — que el impuesto a la venta proyectado forma parte de un programa que simplifica y alivia las cargas del contribuyente y que de ninguna manera obedece a la obsesión fiscalista de hombres que en el gobierno hayan olvidado las necesidades perentorias de la población. No puede discutirse en conjunto que la Nación va a cobrar menos tributos, aun establecido el impuesto a las ventas, que lo que suprime como impuestos provinciales; y artículo por artículo puede hacerse el análisis de lo que representan los impuestos nacionales en vigencia, más los impuestos provinciales en vigencia, comparados con el impuesto nacional único que existirá el año que viene. Si a eso se añaden las cifras verosímiles que darían los impuestos a establecer por las provincias, entre los cuales deben mencionarse la de Santa Fe, que había anunciado un impuesto a la renta si no se sancionaban las leyes que estamos tratando y hemos tratado estos días, se tiene la confirmación plena de los datos que el gobierno dió ayer. Son proyectos que disminuyen la carga tributaria del pueblo argentino y que lo hacen después de ciertas medidas que, aunque no tengan carácter impositivo, han representado para la Nación un sacrificio y para los contribuyentes una erogación menor. Me refiero al redescuento. Cierta parte de los comerciantes e industriales que hoy levantan su voz en contra de este proyecto han de reconocer el esfuerzo realizado por el gobierno nacional para mantener a favor

del comercio y de la industria tasas normales de interés en los bancos, tasas que se han hecho por acuerdos celebrados entre las instituciones de crédito, a instancia del gobierno, cuya base ha sido la disminución del redescuento, sobre el cual percibía una gruesa parte el fisco nacional: el fisco ha renunciado de buena gana a esa entrada para permitir una política de dinero barato, del que la colectividad ha disfrutado, y que el gobierno se propone seguir adelante, lo acompañen o no algunas instituciones industriales y comerciales que, más tarde o más temprano, habrán de reconocer el error de alguna actitud y harán lo que siempre ha sido su tradición: acompañar al gobierno nacional en su esfuerzo por mantener la administración de la República y por cumplir las graves funciones que le corresponden, en un momento de convalecencia de la economía argentina.

Tampoco se valora, por los círculos industriales y comerciales que impugnan este impuesto, lo que significa el fin de la pesadilla de los impuestos provinciales, en virtud de los cuales los comerciantes más honestos estaban sacrificados sin piedad a la competencia desleal de los que son maestros en eludir esos impuestos. Los comerciantes más responsables que tiene la República se decían desalojados a las puertas mismas de la Capital Federal, por otros colegas sin escrúpulos que eludían los impuestos provinciales. Todos ustedes saben que los impuestos provinciales, en la rica provincia de Buenos Aires, se cobran en una forma que no alcanza posiblemente a rendir la mitad de lo que debería recaudarse.

**Sr. Dickmann (E.).** — ¡Es una grave acusación al gobierno de la provincia de Buenos Aires!

**Sr. Ministro de Hacienda.** — No es una acusación al gobierno. Es una acusación a la geografía, que ha rodeado a la Capital por la provincia de Buenos Aires, y que permite ciertas formas de comercio, así como también permite a un millón de habitantes de la provincia surtirse en la Capital.

**Sr. Amoedo.** — No habría gobierno que pudiera evitar eso.

**Sr. Ministro de Hacienda.** — La pesadilla para el comercio honesto de la competencia desleal de los que burlan el impuesto provincial, tendrá un término con la ley de unificación. Pagará impuesto por igual todo el mundo, y no necesitarán las casas más serias y responsables absorber una parte de los impuestos provinciales para entrar en competencia con las casas que no los pagan.

Si esto tiene significación hoy con respecto a algunos artículos, imagínense los señores diputados lo que significaría si los impuestos provinciales al consumo se generalizaran, lo que habría sido un hecho inevitable de no realizarse la reforma impositiva que se ha votado.

Cuando no fueran el vino, el alcohol, la cerveza o el tabaco, sino el aceite, la manteca, la leche y los demás artículos los que tuvieran una doble imposición, toda la producción y todo el comercio nacional sentirían los efectos. Toda esa pesadilla ha terminado; la Nación ha unificado los impuestos a los consumos; el comercio puede contar con reglas iguales. ¿Todo eso no vale nada? ¿Todo eso no significa nada? ¿Todo eso no compensa para ciertos hombres de negocios el pequeño sacrificio que importará adelantar algunos tributos que en definitiva no van a pagar?

Comprendo que pueda decirse que esta exposición sólo se refiere a las críticas hechas al proyecto, y no a los fundamentos del proyecto en sí. Pero sobre esa materia debo decir paladinamente que, además de haber sido tratado el tema definitivamente por el señor diputado por Buenos Aires, ingeniero Bustillo, yo no tendría que agregar consideraciones que justificaran con fines sociales un impuesto dado. Yo no creo que los impuestos se pongan con fines sociales. La única justificación que tienen los impuestos es la necesidad de recursos. Si no la hubiera, y perentoria, positiva e inmediata, no habría ningún impuesto, ni el de los réditos, que tu-

vieran en un momento como éste una justificación.

Si el impuesto se justifica por la necesidad, ésta obliga a buscar recursos donde puedan encontrarse y no donde las teorías más o menos vaporosas indiquen la existencia de ciertos privilegios o de ciertas fuentes impositivas. Donde hay recursos, se puede tomar y no en otro lado. Y cuando se está desgravando el consumo por la unificación, creo que puede pensarse seriamente en dar a los recursos nacionales las bases más ventajosas, como cabe en toda reforma impositiva en momentos de crisis.

No ha habido una sola nación abocada a graves problemas financieros, en los momentos de crisis, que haya podido reunir sumas considerables de dinero si no se apoyó sobre la base social, sobre toda la nación. Sería tan fácil encontrar ejemplos que parecería un simple afán de exhibición citar autoridades y países.

El impuesto que discutimos se ha establecido sobre lo que puede dar, y no es igual al impuesto a las transacciones, aun cuando alguien haya supuesto que nuestra única misión ha consistido en bautizar con otro nombre al tributo que ayer hemos derogado, por lo menos para los minoristas. El impuesto no es igual; la incidencia es distinta, y salvo monopolio, es difícil que incida sobre las ganancias industriales y comerciales.

Se dice que hoy la competencia entre comerciantes e industriales es de tal naturaleza, que va a obligarlos a cargar con el impuesto y que no podrán hacerlo derivar hacia el consumidor. Pero se cree que eso no tiene límites y cabe preguntar por qué, entonces, hoy la competencia no les hace cargar con una parte creciente de pérdida, porque si la competencia comercial no tiene límite en la baja, no necesita existir un impuesto para que ellos sigan haciéndose competencia por debajo del precio de costo. Entonces no bastaría para ponernos a cubierto de esa circunstancia el no poner el impuesto. Sería necesario darles un subsidio que les permitiera resarcirse de lo que sin límites se cree

que pueden ir perdiendo en el juego regular de la competencia.

Yo no hago el menor esfuerzo para persuadir a quien no quiera convencerse de que éste es un impuesto distinto al de las transacciones. No crea la Cámara que lo hago para justificar la actitud que estoy adoptando al fundar este tributo y la que adopté cuando se discutió en esta Cámara el impuesto a las transacciones, que por otra parte yo firmé. No sé si será conveniente proporcionar a los amigos de la Cámara mis obras completas para que tengan a mano las citas de mis anteriores exposiciones y puedan enrostrármelas en el momento oportuno. Acaso sea una de las cosas que tenga que hacer con más urgencia, pero declaro que el pasaje que ha citado de uno de mis discursos anteriores el señor diputado Bogliolo, lo reconozco, lo admito y lo acepto en todas sus partes y hasta me parece interesante y no desprovisto de cierta elegancia.

El impuesto a las transacciones tiene las características que entonces dije. Como este impuesto a las ventas, es en teoría un mal impuesto, grava las enajenaciones de las cosas, así sean con ganancia o con pérdida. El comerciante que vende con pérdida paga el impuesto, como el comerciante exitoso que lo vende con ganancia, y también es cierto lo que entonces se dijo, que por la pequeñez del tributo la mayor parte sería absorbida por el comercio y el beneficio industrial y que poco pesaría sobre la masa consumidora. Ahora sucederá literalmente lo contrario. De donde resultaría que no se puede haber tenido al mismo tiempo razón para estar en contra de aquel tributo y de éste por los mismos motivos.

Si el impuesto a las transacciones, por su pequeñez, fué soportado por los comerciantes e industriales, no debe ser ni puede ser la misma fuerza la que se oponga a éste en cuanto él grava al consumo popular. Y los señores diputados, que pueden jactarse de haber hecho desaparecer el impuesto a las transacciones, no podrán jactarse de haber



aliviado a los mismos a quienes aliviaría al no ponerse este tributo. Derogar el impuesto a las transacciones no significaría en ningún momento para el pueblo consumidor de la República un regalo apreciable; lo significará, sí, para ciertos núcleos de comerciantes e industriales castigados por la forma como ese impuesto los gravaba.

Reconozco la habilidad con que los opositores de este impuesto han conseguido enrolar en el movimiento de resistencia — tal vez el término sea excesivo — a los comerciantes minoristas. Estos no tienen nada que ver con el impuesto nuevo. Por iniciativa del gobierno se aprobó ayer una ley que los exime del impuesto a las transacciones, y este impuesto no pesará sobre ellos, sino en cuanto pesa sobre cada consumidor individual que hay en la colectividad.

Al hacer estas declaraciones, si hago caer el fundamento de ciertas objeciones, no se me oculta que nacen otras, especialmente las formuladas por los diputados socialistas, que son perfectamente fundadas desde sus puntos de vista.

Nadie puede discutir la razón relativa que les asiste al resistir este impuesto en cuanto grava a las masas populares, pero no sé si puede resucitarse con motivo de este tributo toda la teoría de los impuestos indirectos y de sus consecuencias. Se imaginan los señores diputados que esa teoría la conozco, he sido su propagandista por tanto tiempo que no puede suponerseme que la ignore. Lo hemos dicho en todos los tonos, hasta en la forma sacramental: son impuestos progresivos sobre la miseria en cuanto gravan los consumos, y los consumos son una parte mayor de las salidas diarias de las clases populares que de las clases ricas. Los hombres de las clases populares dedican mayor proporción de sus entradas a satisfacer las necesidades primarias que los de las clases ricas. Hasta ahí estamos de acuerdo. Pero les decía que no puede resucitarse toda la teoría, porque como está organizado el impuesto la mayor parte de los artículos de indis-

pensable consumo popular están exentos de él. De modo que al llegarse, en los extremos de la teoría, a gravar las entradas primarias indispensables, indisminuibles, de los hombres que trabajan, este impuesto no los castiga más que a otros. La parte del salario obrero que se dedica a atender el alimento, la vivienda de los trabajadores, no va a ser roída por parte alguna de este tributo, que incide sobre otra parte de los consumos populares y sobre otras necesidades. No digo que estén excluidos, pero no sería exacto afirmar que como está organizado este impuesto, pesa proporcionalmente más sobre la última miseria que sobre las clases medias o relativamente acomodadas.

Este es un impuesto, como está hecho, bastante igualitario: toca a la Nación en forma bastante parecida y si es, sin embargo, deplorable que toque a las clases laboriosas, no es posible evitar que las toque en las circunstancias actuales y no caben en este momento, las mismas observaciones que en otros tiempos. La situación de las clases populares frente al impuesto en estos momentos, está perfectamente reflejada en la actitud de partidos obreros de buena parte del mundo. No exigen, como en otras ocasiones, que se acentúe la carga que pesa sobre los elementos capitalistas de la sociedad. En la mayor parte de los países ha sido una reivindicación socialista y de los partidos obreros, aun a riesgo de inflación, no descorazonar el revivir de las actividades capitalistas, sin duda por esta circunstancia que alguna vez referí en otro debate: porque en este momento lo que es verdaderamente angustioso y trágico en el mundo, es la situación del obrero desocupado, y el mismo obrero ocupado, por mísera que sea su remuneración, se considera en una situación tan venturosa comparada con sus hermanos desocupados, que está muy lejos de pedir cualquiera medida que pueda tender a aliviarle, si dificulta, demora o pone en peligro el revivir capitalista. Una de las manifestaciones características de ese pensamiento nos la dió el propio señor diputado por la Capital,

doctor Repetto, en una iniciativa que trajo a la Honorable Cámara hace un par de años, cuando propuso con fines de alivio social una contribución del 1 % sobre los salarios, a pesar sobre toda la población trabajadora. Esa contribución no se hacía con fines fiscales ni con fines menguados; se hacía con un propósito de solidaridad, pensando que para la masa trabajadora en su conjunto, era preferible ser gravada con un 1 % en sus salarios, con tal de no empeorar o de aliviar la situación de los obreros sin trabajo.

Tengo motivos para suponer que concide perfectamente con esa iniciativa el cuidado que pone el gobierno en no gravar en este momento las actividades productoras de grupos capitalistas, en forma que haga peligrar una mayor ocupación. No he citado el precedente para justificar este impuesto y decir, aunque es exacto, que el impuesto proyectado de 1 % es mucho más pesado para los trabajadores que el establecido sobre las ventas. No lo podría hacer, porque los fines de los fondos a recoger por uno y otro tributo no son los mismos. Lo he hecho simple y sencillamente como un llamado de atención a los representantes populares que en este recinto se sientan y decirles que no es concordante con la política seguida por los partidos populares del mundo, ninguna iniciativa tendiente a castigar ahora en forma imprudente las ganancias capitalistas. Se requieren ganancias capitalistas, son imperiosas las ganancias capitalistas si se quiere poner en marcha el grueso engranaje de la producción, que se ha mostrado como un mecanismo mucho más sutil y complicado que lo que pudo parecer a mentes simplistas.

El grave azote que pesa sobre la Humanidad es haberse paralizado ese mecanismo, parálisis que tiene, como es sabido y todo el mundo lo ve, en la crisis una tendencia a perpetuarse. La crisis crea la crisis; la desocupación crea la desocupación; el desaliento capitalista es un factor de paralización

de industrias que, a su vez, crea el desaliento capitalista. Y será necesario el esfuerzo de todos, la labor tesonera de todo el país, junto, desgraciadamente, con reacciones que vengan de afuera, para poder poner en marcha el pesado mecanismo de la producción capitalista.

No la descorazonemos con impuestos, no sentemos en este momento la teoría aunque perfectamente exacta desde el punto de vista social, de que pueden reemplazarse los tributos que pesan sobre la gran masa con gravámenes que al impedir las ganancias obstaculicen o dificulten la producción. Es imprescindible que la producción aumente, y a eso y a nada más que a eso, tiende la observación que hoy ha sido recogida formulada por mí, de que no debe elevarse el impuesto a los réditos desconsideradamente en este momento, si no se quiere correr el riesgo de hacer impopular un sistema tributario que tiene que asentarse para poder rendir en el futuro lo que el impuesto a los réditos debe dar.

Yo no he exagerado nunca el alcance de la reforma fiscal consistente en la creación del impuesto a los réditos. Le he hecho justicia, sobre todo porque proviniendo de un adversario creía tener las manos perfectamente libres para hacerlo.

El establecimiento del impuesto a los réditos — dije hace pocos días aquí — se ha hecho por el gobierno supuestamente más conservador que ha tenido la República, y no pudieron establecerlo por incapacidad o por debilidad los gobiernos o congresos más supuestamente democráticos que el país ha soportado como un azote de Dios.

El impuesto a los réditos necesita entrar en las costumbres, necesita establecerse, y no es exacto que ya no tenga un formidable carácter de impuesto sobre la riqueza.

Yo tengo unas planillas que contienen el resultado de la tabulación de las declaraciones individuales de rentas del año 1932. No son todas, porque no estaba todo tabulado, ni corresponden a declaraciones individuales todas las

rentas. Es sabido que una parte se hace por retención de otros, ya sea por retención de sueldos, ya sea por retención de ganancias de sociedades anónimas o de rentas de papeles. Tengo aquí los resultados de la tabulación de 55.000 declaraciones, de las cuales resultan hechos importantes: 45.000 contribuyentes, que representan el 83 por ciento del total, tienen rentas que representan el 30 % del total y han pagado impuesto que representa el 21 % del total. Quiere decir que por el 30 % de la renta se ha cobrado el 21 % del impuesto.

Viene luego una categoría media de rentas de 10.000 a 50.000 pesos, formada por 8.500 contribuyentes, que representan el 15 % del total. Esos contribuyentes, con una renta que representaba, con respecto al total, el 41 % han pagado un impuesto de representa el 34 % del total.

En cambio, señores diputados, hay un pequeño grupo de 1.144 contribuyentes de más de 50.000 pesos de renta, que representa el 2 % del número total de contribuyentes, cuyas rentas importan el 29 % del total, y que han pagado como impuesto el 44 % del total. Recaleo: dueños del 29 % de la renta han pagado el 44 % del total del impuesto. Es, naturalmente, por el juego del impuesto progresivo, que no es todo lo progresivo que yo deseara, pero que es, sin embargo, considerablemente progresivo.

Con toda vehemencia hago un llamado a los que quieren este impuesto, a los que quieren el desarrollo de este impuesto, a los que no quieren, con la apariencia de aumentarlo, herirlo en el corazón; hago un llamado para que se deje el impuesto tal cual está, para que no se le toque, para que se le deje entrar en las costumbres, y se permita censar y cobrar el impuesto a todos los rentistas que todavía no han satisfecho el gravamen, antes de pensar en tocarlo.

Recuerdo, señores diputados, que cuando se estableció el impuesto para un término de pocos años, el señor diputado Repetto combatió junto conmi-

go la limitación de tiempo, queriendo un plazo mayor. Dijo entonces el señor diputado: «no pongan un impuesto por tan pocos años, porque todo se va a ir en gastos». Lo creímos así, y sin embargo, hoy debemos reconocer el éxito de la obra ajena. Ha habido quien supo organizar la percepción del impuesto en forma tal, que ha podido en dos años ponerse al nivel de las organizaciones para la percepción de este impuesto en países donde existe desde hace decenas de años. Funciona aquí perfectamente esa organización, dirigida por funcionarios competentes y serios, que con escaso costo han sabido hacer rendir al impuesto y que lo harán rendir más en el futuro siempre que no cometamos el error de alterarlo en estos momentos.

El impuesto a las transacciones, precursor del impuesto a las ventas establecido al mismo tiempo que el impuesto a los réditos, matizó un poco el panorama impositivo e impidió que entonces se dijera que toda la reforma era una reforma oligárquica. Yo sé que hoy se podría decir del establecimiento del impuesto a las ventas, que es un impuesto de las clases altas a las clases bajas, es un impuesto que echa la clase políticamente poderosa sobre la clase políticamente débil. Pero yo recordaría que no debe ser así, cuando en los países típicamente democráticos, en las naciones con una organización popular más vigorosa, el impuesto a las ventas se ha establecido, ha ganado terreno y constituye hoy uno de los soportes del régimen financiero. No se puede hablar de la oligarquía francesa agobiando a su pueblo bajo el peso del impuesto sobre las ventas. Caillaux, uno de los apóstoles de la democracia en Francia, el teórico del impuesto más izquierdista que se conoce en aquel gran país, es, como se sabe, uno de los defensores *a outrance* del impuesto a las ventas, que allí tiene otro nombre. En Alemania, el impuesto a las ventas se estableció por los gobiernos ultrapopulares, evidentemente urgidos por necesidades fiscales impostergables. En Estados Unidos, inmediatamente después de la

guerra, ha habido una campaña para el establecimiento de un impuesto que tuvo su eco en el Congreso federal donde no prosperó, pero que prosperó en casi la unanimidad de los Estados de la Unión, a tal punto que hoy es una excepción el Estado americano, aun aquellos Estados agrícolas del Oeste, que no tenga su sistema impositivo basado en el impuesto sobre las ventas. Y Canadá, la vigorosa democracia de campesinos que tantas veces hemos querido imitar en algunos de sus aspectos, tiene un impuesto establecido sobre las ventas, como ha recordado ayer con exactitud el señor diputado Bustillo, de más de 5 %, que funciona perfectamente y que constituye una de las columnas de su régimen fiscal.

Las tasas nuestras no son tan elevadas como las europeas o las de los países coloniales de habla inglesa. No tienen la repercusión de los impuestos en cascada, del régimen fiscal francés, que gravan cada una de las ventas sucesivas de los productos. No son tampoco descomunales, como alguien ha dicho comparando el 20 o/oo actual con el 3 o/oo de la legislación anterior, olvidando que no son los mismos los artículos gravados, luego que el 3 o/oo en cada venta anterior tomaba el valor de esa venta mientras que ahora toma el valor inicial, que es mucho más moderado y luego que estamos dispuestos a dar todas las garantías necesarias, para que se tenga la certeza de que no establecemos por esta ley un tributo exorbitante perpetuo.

A los comerciantes e industriales que se sienten amenazados por este tributo se les ha dicho en toda forma que el gobierno está dispuesto a contemplar el otro aspecto del impuesto a las ventas, el impuesto de patentes ya vigente; el impuesto de patentes que en buena parte es un impuesto a las ventas, tocarlo, modificarlo, enmendarlo, hasta convertirlo en un juego de licencias en que se graven los negocios de acuerdo con la utilidad social de los mismos.

Debemos contemplar también la situación del grueso ejército de los em-

pleados nacionales, cuyo porvenir económico nos interesa, aunque debemos desoir muchas veces sus reclamaciones por imperiosa necesidad fiscal. Nosotros no vamos a auspicar una supresión total de la escala de rebaja de sueldos porque no creemos que haya llegado el momento. No creemos que pueda decirse, cuando el costo de la vida no se ha elevado y cuando la situación fiscal del gobierno es todavía angustiosa, que puede el Estado desprenderse íntegramente del rubro que significa la aplicación de la escala. Pero el gobierno contempla esta situación y pedirá — y así lo ha hecho saber y lo conocen los miembros de la Cámara — que cuando se discuta el presupuesto general se incluya un artículo autoritativo capaz de prever, si las recaudaciones son siquiera en mínima parte las que indica el señor diputado Noble, ese importante aspecto de las finanzas argentinas.

No haré cálculos sobre el rendimiento de este tributo porque después de haber sido expresadas oficialmente por parte del gobierno, entrar a barajar en el recinto las cifras que aquí se han lanzado parecería una tarea poco seria. Afirmando que los cálculos hechos por el gobierno son sobre bases totalmente razonables y completamente documentadas. Si el tributo da más, listo estará el gobierno para reducir el importe de la tasa a cobrar. El gobierno no pide ni pedirá aumento de recursos y anuncia que estará conforme con su disminución si el impuesto da las ingentes sumas que aquí se anuncian. Lo único que el gobierno desea al pedir a sus amigos que voten esta ley, es que no se produzca en la marcha que sigue el Estado argentino desde hace unos años un retroceso, que no se vuelva al empeoramiento intencional de las finanzas, que se contemple la salud del presupuesto de gastos, puesto que redundará en beneficio del pueblo tener finanzas sanas. Mientras más sanas sean ahora, más fácil nos será, por operaciones de crédito que están pendientes, disminuir las cargas futuras; acompañen al Ejecutivo dándole los medios necesarios

para cubrir sus necesidades, para que sean pronto innecesarios algunos de los impuestos y posible su reducción.

Nada más. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos*).

**Sr. Dickmann (E.).** — Pido la palabra.

Quiero fundar mi voto, señor presidente, con la brevedad que me sea posible, contra este mal impuesto sobre las ventas. No puedo substraerme a esa necesidad de fundarlo y deseo dirigirme principalmente a los representantes del pueblo que, supongo, tendrán sus antenas de captación de la susceptibilidad popular más desarrolladas que las del señor ministro de Hacienda, refugiado en su torre de marfil.

¿Por qué la resistencia tan unánime, vigorosa, decidida, de distintos grupos comerciales e industriales, que generalmente no concuerdan en conceptos impositivos y sociales, contra este impuesto? El señor ministro de Hacienda lo ha percibido a pesar de estar abroquelado contra esta clase de reclamaciones. Casi, en su exposición, ha reprochado y ha amenazado a ciertas clases sociales beneficiadas por el gobierno en muchos sentidos, contra su resistencia a este impuesto. ¿Por qué? Porque hay una situación evidentemente insostenible; señores diputados: el país no soporta más nuevos impuestos.

¿Podemos cerrar los ojos, taparnos los oídos, hacernos insensibles ante el clamor universal de una profunda crisis económica y social cuyo final no se vislumbra? Nosotros, los diputados de la izquierda, del Partido Socialista, que representamos específicamente a la masa trabajadora, en defensa de su nivel de vida y de sus salarios, nunca cerramos los oídos ante el clamor de otras clases sociales que, en el estado actual de la organización de la sociedad, desempeñan funciones muy importantes y útiles. Mientras el comercio no pueda ser substituído por otras formas de distribución de la riqueza social, ¿quién puede dudar que constituye una útil y fecunda función social? El comercio está en gran parte arruinado y soporta una serie de gabelas y gravámenes antes de saber si

realizará utilidades. El señor ministro de Hacienda, como compensación al comercio amenazado por este impuesto gravoso, promete, para algún día, disminuir los efectos del bárbaro régimen impositivo de las patentes, que tantas veces denunciábamos aquí; y que son verdaderos permisos al trabajo: patentes que pesan como una lápida de plomo sobre el comercio en general. El comercio soporta en todo el país las patentes. Y el impuesto a los réditos grava las ganancias de los comerciantes. Yo estoy seguro de que el comercio no se opondría a un pequeño aumento en la escala del impuesto a las ganancias, porque eso no amenaza la existencia misma del comercio como el impuesto que discutimos que no grava las ganancias sino las transacciones.

El gobierno pretende haber protegido en forma extraordinaria a la industria, y aun en sus últimos manipulcos de cambio afirma haberla favorecido con un impuesto aduanero indirecto. La industria argentina en algunos de sus aspectos goza de cierta prosperidad. Pero, ¿quién puede creer que la industria nacional es floreciente y puede soportar un impuesto sobre las ventas? Yo estoy seguro, en cambio, que la industria no resistiría, como el comercio, un aumento en el impuesto sobre las ganancias.

El señor ministro de Hacienda, dirigiéndose a nuestro sector, ha hecho una especie de invocación patética. Nos dijo: ¡cuidado con gravar al capital!; lo que urge, lo indispensable es poner en movimiento el complicado, delicado y difícil aparato industrial para que absorba gran parte de los desocupados. Tiene en parte razón el señor ministro. Es evidente que nosotros no hemos querido estorbar el capital industrial. Hemos querido que se perfeccionen y se mejoren la técnica y la economía de la industria nacional y, sobre todo, que no se estanque, que no se degenera por una protección excesiva que le garantiza ganancias sin la contribución de la aguda inteligencia que exige el manipuleo de ese delicado aparato. Y este impuesto sobre las ventas va a ser más gravoso y va a dificultar más su progreso que un pe-

queño aumento en la escala de los réditos.

Sucede una cosa extraordinaria, señor presidente. Se han invertido los papeles. Antes se hablaba de la Argentina como país rico con un gobierno pobre; ahora asistimos al espectáculo de un país que se ha empobrecido en forma galopante y de un gobierno rico.

El señor ministro decía que nadie sospechará que él quiere crear una alcancía con el dinero que va a percibir. Ya tiene una. Ya ha quitado a los importadores y exportadores en un año 115.000.000 de pesos, y tiene una alcancía que no sabemos dónde está, y no sabemos cuánto hay allí guardado. Se asombra ante ese doble aspecto que nuestro colega el señor diputado Bogliolo y el diputado Noble han presentado ante la Honorable Cámara. Este impuesto puede caer sobre el consumidor y puede caer sobre los productores. Esto es evidente, señores diputados: en cuanto los industriales y comerciantes pueden hacerlo caer sobre los consumidores lo van a hacer; pero no siempre lo pueden hacer. No todos los productos pueden soportar un aumento de precio y aun cuando puedan soportarlo, los consumidores van a perjudicarse más que en el 2 %, porque todo impuesto que incide en una fracción sobre el consumo se transforma en una suma redonda mayor. Así, por ejemplo, un artículo que el comerciante vende ahora por 1 peso y que, con el impuesto tendría que venderlo en 1 peso con 2 centavos, lo venderá en 1 peso y cinco, porque nadie maneja aquí 2 centavos.

El consumidor se perjudicará fuera de toda discusión y los productores también se van a perjudicar. Hay muchas industrias que no pueden descargar este impuesto sobre el consumo.

Nosotros percibimos y no podemos cerrar nuestra inteligencia ante ese aspecto, que el gobierno necesita dinero; pero hace algunos años, señores diputados, que no asistimos sino a la creación de nuevos impuestos. El señor ministro de Hacienda nos dice: si el 2 % va a resultar mucho, aseguro a la

Honorable Cámara que será rebajado rápidamente. Pero yo afirmo que una vez creado un impuesto es casi imposible reducirlo o suprimirlo. Tenemos el ejemplo con el adicional del 10 %, que hace tres años se lo creó para un ejercicio, después se ha querido suprimirlo y casi votó la Cámara la supresión; el señor ministro de Hacienda pidió que ello se hiciera gradualmente, votándose así; pero después se ha reconsiderado. El adicional del 10 % existe ahora y ya nadie piensa en sacarlo. Es que, repito, una vez creado un impuesto es casi imposible suprimirlo; más fácil es agravarlo con medio o un punto más.

He quedado asombrado ante las afirmaciones realmente extraordinarias del señor ministro: la unificación de los impuestos internos va a traer una rebaja a los mismos. Los comerciantes serán felices; no habrá más impuestos que estorben su comercio. Se han rebajado los impuestos en todo el país y el gobierno nacional va a recibir más dinero, como también los gobiernos provinciales. Es el milagro de los milagros.

Yo recuerdo, señores diputados, aquel cuento del milagro de los panes y de los peces, que no resisto a referirlo a la Honorable Cámara. En una aldea, en viernes santo, un fraile estaba contando ante sus feligreses ese milagro y en vez de decir que con siete panes y siete peces habían comido siete mil hombres y que había sobrado todavía, se equivocó y dijo que con siete mil panes y siete mil peces habían comido siete hombres y había sobrado. Un campesino que escuchaba el sermón, salió desazonado diciendo: ¡vaya un milagro! Al año siguiente volvió a oír el mismo sermón, y esta vez el fraile no se equivocó, pues dijo que con siete panes y siete peces habían comido siete mil hombres, y el campesino le interrumpió diciéndole que habían podido comer con los que sobraron del año pasado. (*Risas*). Eso le pasa al señor ministro. Con los sobrantes que le van a quedar de las ventas, con los sobrantes de su alcancía, de las ganancias de cambio, va a poder repartir en-

tre las provincias más dinero, va a tener más plata, habiendo disminuido los impuestos en el país con la unificación.

Nosotros nos oponemos a este mal impuesto, no porque sea un impuesto específicamente de clase. Consideramos en general que son malos los impuestos indirectos contra cuya denominación el señor ministro de Hacienda ha protestado hace pocas sesiones, pues él ya no cree en la división entre impuestos directos e indirectos...

**Sr. Ministro de Hacienda.** — Dije que era imprecisa.

**Sr. Dickmann (E.).** — Pero es bastante precisa para que todo el mundo la entienda.

**Sr. Ministro de Hacienda.** — Los que entienden superficialmente las cosas, como siempre.

**Sr. Dickmann (E.).** — Pero a veces el entender superficialmente es lo más profundo.

**Sr. Ministro de Hacienda.** — Lo superficial es superficial y lo profundo es profundo.

**Sr. Dickmann (E.).** — Para los iniciados, pero, para los simples mortales, es una división fundamental la de impuestos directos y la de indirectos. Nosotros consideramos en general que los impuestos indirectos recaen sobre la gran masa popular y que los impuestos directos recaen sobre las clases privilegiadas.

Esa es una cosa accesible, fácil de comprender y fácil también de aplicar y asimismo, aun admitiendo que sea un tanto imprecisa teóricamente la definición, nosotros nos oponemos a los impuestos indirectos, no solamente porque gravan a la masa popular, sino también porque son un gran estorbo al progreso general, que abarca al interés colectivo y al interés general.

El señor ministro de Hacienda no puede olvidar que en estos momentos no somos un partido estrechamente de clase; defendemos a la clase obrera en cuanto ella es la más explotada y la más oprimida, pero percibimos, entendemos y defendemos el interés general, que comprende el bienestar y el progreso de una colectividad dada en

un país dado, en una unidad política y social. Consideramos que defendiendo el progreso general indirectamente, aun en este sentido, defendemos el interés de las clases más explotadas y más oprimidas, y para que la Honorable Cámara perciba mejor mi pensamiento, voy a citar un ejemplo.

El interés general consiste en que nuestra cosecha al exterior exportada se venda al más alto precio; al país conviene que nuestros ganados, cereales, cueros, lanas, etcétera, se vendan al más alto precio y así el país va a recibir un monto de riqueza mayor; y una vez ésta dentro del país lucharemos después por su más justa y equitativa distribución. Así defendemos el interés general. Por eso este impuesto hiere el interés general, señores diputados, dificulta el comercio, estorba la industria y paraliza las actividades mucho más, señor ministro de Hacienda, que si se sancionara un pequeño aumento a la escala de los réditos.

Yo no voy a entrar en el aspecto de si el gobierno ha podido hacer más economías o no — esto no está ahora en discusión —, no lo sé, a mi entender ha podido hacerlo, no rebajando los sueldos y suprimiendo empleos, sino economizando en otras partes.

Aquella idea feliz que la Cámara aceptó, de la racionalización de la administración pública, es un procedimiento muy inteligente para mejorar la eficiencia de la administración y reducir sus gastos.

Pero aun admitiendo que el gobierno necesita perentoriamente más plata — y ésa es la función del ministro de Hacienda, necesita llenar más sus bolsillos, no los personales del señor ministro, sino los del erario — entonces tiende este señor ministro, que en su cabeza tiene algunas ideas distintas de los otros, pero cuyo corazón ahora se ha cerrado a sus sentimientos, a tomarlos donde es más fácil; y ahora es más fácil tomarlos en los grupos más numerosos, aunque resistan, que en los grupos oligárquicos que están organizados en el gobierno.

Señores diputados: yo estoy horrorizado de lo que he oído en esta Cámara respecto del proyectado impuesto a las herencias. ¿A quién perjudica ese impuesto?

**Sr. Ministro de Hacienda.** — Supongo que no me lo preguntará a mí.

**Sr. Dickmann (E.).** — Lo apoyo al señor ministro de Hacienda en ese terreno, siempre que se mantenga firme, y vamos a librar la batalla para que el país se ilustre sobre el absurdo inconcebible de resistir un impuesto tan inteligente, tan necesario y tan progresista. ¿A quién perjudica ese impuesto?

El otro día pregunté al señor ministro, sobre cada cien argentinos cuántos herederos había y un diputado de la derecha que estaba sentado cerca de mi banca dijo: ninguno. Evidentemente exageró este diputado de la derecha, posiblemente porque habrá visto las cien personas a través de sus relaciones. Posiblemente se trate de su propia situación, pero de todos modos hay herederos en el país y herederos que en gran parte despilfarran la fortuna de sus padres y degradan y degeneran su físico y su moral. Si hay algún impuesto justo, necesario, útil y socialmente deseable, que no perjudica a nadie, que vendría a ser una gran fuente de recursos para el gobierno y un concepto de alta justicia social, es el impuesto a las herencias. Sin embargo, para demostrar su no viabilidad se lo ha tomado como una especie de broma del señor ministro de Hacienda. Alguien ha dicho que en vez de ser una broma era una presión sobre sus amigos para que le voten este mal impuesto en vez del otro bueno. Yo no lo sé. El señor ministro, si tiene oportunidad, lo explicará.

**Sr. Ministro de Hacienda.** — Traté de que votaran los dos.

**Sr. Dickmann (E.).** — ¿Quiere los dos? ¡Es insaciable, entonces, el señor ministro! El apetito le viene comiendo. *(Risas).*

Hay malos impuestos y buenos impuestos. Nosotros no pertenecemos a aquellos que creen que todo impuesto es malo. Las necesidades sociales que

debe satisfacer el gobierno son cada vez más crecientes. Comprendemos que aun no se llenan grandes aspectos de necesidades sociales en materia de instrucción pública, en materia de asistencia social; para eso necesita el gobierno dinero, pero el dinero tiene que provenir de buenos impuestos y no de malos impuestos.

El impuesto sobre las ventas es un mal impuesto, señores diputados; tengan la conciencia de que van a votar un mal impuesto, resistido por todo el mundo.

No es por simple gusto que es resistido. Al oírlo al señor ministro en su catilinaria contra los gremios o grupos que resisten este impuesto, ello me ha hecho el efecto de que hubiera preferido que comerciantes e industriales se hubieran presentado a la Casa de Gobierno para decirle: señor ministro de Hacienda, usted no pide más que el 2 %; le ofrecemos el 3 ó el 5 %, porque de otro lado el señor ministro nos va a recompensar. Pero es un absurdo, señor ministro.

**Sr. Ministro de Hacienda.** — El señor diputado lo ha pensado y me lo atribuye. Es absurdo, evidentemente.

**Sr. Dickmann (E.).** — Ha pensado y se ha expresado amargamente contra esos grupos: les ha dado a los industriales la protección aduanera — él o sus antecesores —; a los comerciantes, la unificación de los impuestos, y todavía tienen el coraje, esos malos industriales y comerciantes, de protestar contra un miserable 2 %; ¡deberían ofrecer más!

El señor ministro de Hacienda el otro día me dijo en son de reproche que él aplaude a los hombres que han hecho alguna cosa buena y que esperar la reciprocidad. Sabe el señor ministro el valor que atribuyo a su inteligencia y a su acción.

**Sr. Ministro de Hacienda.** — Me doy por enterado y lo agradezco.

**Sr. Dickmann (E.).** — Pero precisamente porque es de empuje y de inteligencia, es mucho más peligroso, hay que cuidarlo más, hay que ponerle fre-



nos porque una vez lanzado por la pendiente... (*Risas*).

Hay un clásico ejemplo del fundador de la filosofía positiva moderna, de lord Bacon, respecto del peligro del error en la ciencia. Lord Bacon, el fundador del método positivo, decía que cuanto más inteligente es un hombre más peligroso es su error. Y comparaba ello con dos jinetes que montaban dos caballos, uno un brioso corcel y el otro un matungo cualquiera. (*Risas*). Los dos perdieron el camino; el del brioso corcel en una noche se perdió hasta no poderlo alcanzar, y el del matunguito estaba cerca del camino. Preferiríamos en la cartera de Hacienda, señor ministro, ahora, matunguitos que estén cerca del camino. (*Risas*).

—Ocupa la Presidencia el señor vicepresidente 1º, don Antenor R. Ferreira.

El comercio está arruinado y el comercio de importación está doblemente arruinado. Ya de por sí el comercio del mundo está reducido a su ínfima expresión y con el sistema del control de cambios establecido por los señores ministros de Hacienda y de Agricultura, está, entre nosotros, totalmente arruinada. Es un impuesto, como escribió el señor diputado Repetto en su excesivamente elogioso prólogo para mi modesta interpelación, es un impuesto del 20 % a la importación.

**Sr. Ministro de Hacienda.** — Pase el dato a su diario, porque todos los días dice lo contrario.

**Sr. Dickmann (E.).** — Es también un grave impuesto a la exportación, porque si el gobierno hubiera dejado libre el cambio, entonces lo que pierde la importación hubiera beneficiado a la exportación. Pero el gobierno, sin ser importador, ni exportador, se toma la parte del león. ¿De dónde han salido los 100.000.000 de pesos que en concepto de ganancias sobre cambios ha obtenido el gobierno durante el año 1934? ¿Han nacido acaso por generación espontánea?

**Sr. Ministro de Hacienda.** — ¿Quiere saberlo?

**Sr. Dickmann (E.).** — Según el señor ministro, la exportación no pierde nada, la importación tampoco, el pueblo no los paga, pero el gobierno ha percibido 100.000.000 de pesos.

No, señores diputados; es que está castigada la importación y está castigada la exportación. Es un impuesto que el gobierno sin ley y sin autorización del Parlamento está cobrando, y si insisto en este *leit motif* es porque lo considero el más grave error, lo considero el ejercicio de una verdadera dictadura fiscal por el señor ministro de Hacienda. Tiene 100.000.000 de pesos, a costa del comercio de importación y de exportación, y todavía quiere un nuevo impuesto a la importación, el pésimo y detestable impuesto a la exportación, que si se justificó en tiempos de la guerra, cuando los productos alcanzaron precios fantásticos, por lo que el gobierno tenía el derecho de participar en ellos, ahora constituye una verdadera aberración.

¿Cómo se puede crear, aunque sea con una cuota mínima de 1 ó 3.000 un impuesto a la exportación! Es completamente absurdo, como lo es el impuesto a la importación, que, como decía antes, está arruinada. Ha clamado, ha golpeado el comercio de importación las puertas del Ministerio de Hacienda hace un año y no ha recibido ninguna compensación o satisfacción. Y ahora, en respuesta a todos sus reclamos, le cargan con un 2 %, que representan 20.000.000 de pesos, como bien lo demostró el señor diputado Noble.

Porque gravará el consumo, porque perjudicará la actividad del comercio y de la industria nacionales, porque significa también un impuesto a la exportación, un impuesto bárbaro y absurdo, por todo eso, señores diputados, hay que rechazar este impuesto. La Honorable Cámara está obligada a reemplazarlo por un impuesto mejor. En eso estamos. La Comisión de Presupuesto puede y debe proyectar un impuesto que lo reemplace, que puede ser a las ganancias, a la herencia, hasta a la propiedad raíz, que empieza a renacer. Han de saber los señores diputados

que todavía la mejor inversión de capital es la propiedad raíz; todavía los alquileres rinden. Y si la propiedad raíz está gravada con un 6 o/oo de contribución territorial, no sería difícil gravarla con 8 o/oo. En algunas provincias el impuesto territorial es de 8 y 10 o/oo. La Capital y los territorios nacionales pagan el 6 o/oo. Un año se cobró el 8 o/oo y los propietarios lo han soportado.

Yo sé que todas las clases sociales están ahora castigadas. Sin embargo, hay que hacer una discriminación: una cosa es el poseedor de propiedades, el propietario típico, y otra cosa es el comerciante, el industrial que ejerce actividades siempre aleatorias, siempre peligrosas y que a veces fracasan. Se puede crear perfectamente un adicional del 2 o/oo al impuesto territorial; se puede crear un impuesto mayor a las herencias; se puede aumentar un poco la escala de los réditos, y entonces los 30.000.000 que el señor ministro necesita, que yo ahora no se los disiento, pueden salir de buenos impuestos, suprimiéndose así ese mal impuesto, resistido universalmente.

Yo sé que el mismo gobierno nacional está disgustado y alarmado por la resistencia contra este impuesto. No puede gustarle eso. Las llamadas fuerzas vivas de la Nación — para mí todas las fuerzas son vivas, pero me refiero a las llamadas «fuerzas vivas» en el lenguaje corriente de nuestra política — todas resisten este impuesto. Y entonces ¿con qué objeto vamos a votarlo? Si hay resistencia para el pago ¿habrá que aplicarlo coercitivamente?, ¿habrá necesidad de ejecutar a miles de comerciantes e industriales, como con respecto al impuesto a las transacciones?

**Sr. Ministro de Hacienda.** — Estos son muy pocos. No son tantos miles.

**Sr. Dickmann (E.).** — No es cuestión de amor propio, señor ministro. Estoy seguro que el señor ministro puede contribuir con sus colegas — cuenta con nuestro apoyo incondicional, sin que le pidamos absolutamente nada en cambio; sus amigos pueden

pedirle algo posiblemente: es un *do ut des* — puede contribuir a que se reemplace este mal impuesto con algunos renglones que produzcan los veinte o veinticinco millones necesarios.

Dejo, pues, fundado mi voto en contra de este mal impuesto y pido que se le vote nominalmente.

Nada más. (*Aplausos*).

**Sr. Dickmann (A.).** — Pido la palabra.

Voy a formular una indicación de orden en nombre de los miembros socialistas de la Comisión de Presupuesto. Los cinco diputados socialistas de la comisión estamos en mejores condiciones que los demás colegas de bloque para saber el estado de ánimo con que los señores diputados van a votar este impuesto. Lo sabemos por nuestro largo contacto con los miembros de la comisión y con numerosos legisladores que constantemente, a veces con resultados muy poco provechosos para el erario público, visitan esa comisión...

Creo que el señor ministro de Hacienda, sin querer penetrar en lo que me está vedado — su conciencia — no está enamorado del impuesto.

**Sr. Ministro de Hacienda.** — Yo nunca me enamoro de los impuestos. Es cuestión de gusto. (*Risas*).

**Sr. Dickmann (A.).** — He obtenido una declaración que me exime de todo otro interrogatorio.

Como hombre que estudia el presupuesto y lo estudia en serio, sabe que se han producido en las arcas fiscales una serie de quebrantos que es necesario remediar de alguna manera. Se puede conseguirlo suprimiendo gastos, sobre lo cual no me hago ilusiones, porque he asistido a las reuniones de la comisión y puedo anunciar a los señores diputados que eso será totalmente imposible. Se puede hacer buscando algunos otros impuestos en substitución de éste.

No deseamos colocar a los señores diputados, con la proposición de votación nominal, en situación de votar este impuesto por un deber de solidaridad política; deseamos facilitarles una salida honrosa, en provecho del Parlamento, en provecho del gobierno, señor minis-

tro, a quien nosotros no hacemos oposición sistemática...

**Sr. Ministro de Hacienda.** — Preven- go al señor diputado, por lo que hace a mí — y supongo que en la misma situación están los señores diputados de la mayoría que van a votar la ley, — que al apoyar el impuesto no violento mi conciencia.

**Sr. de la Vega.** — ¡Es evidente, señor presidente! Cada uno tiene su opinión y su voto decidido.

**Sr. Bustillo.** — Esperábamos que terminara el señor diputado para contestarle como corresponde.

**Sr. Dickmann (A.).** — Déjeme con esta ilusión.

**Sr. Ministro de Hacienda.** — Es una ilusión que puede perderla, porque es inexacta. Cada uno sabe cómo vota y por qué vota.

**Sr. Dickmann (A.).** — En provecho del Parlamento, en provecho del gobierno, en provecho de una buena financiación del presupuesto, yo creo que escuchado el debate, debería volver este proyecto a comisión para que ella encuentre la forma de equilibrar los recursos que necesita el gobierno, buscándolos en otras fuentes o haciendo algunas economías.

Formulo, señor presidente, esta proposición: que vuelva a comisión el despacho, con recomendación de traerlo antes de iniciarse la discusión del presupuesto.

**Sr. Ministro de Hacienda.** — ¿Y discutir de nuevo el asunto? ¡No!

**Sr. Bustillo.** — Pido la palabra.

**Sr. Presidente (Pereira).** — La moción formulada por el señor diputado por la Capital se discute brevemente. Si es para referirse a ella, tiene la palabra el señor diputado.

**Sr. Bustillo.** — Voy a oponerme terminantemente a la indicación que acaba de hacer el señor diputado Dickmann, porque la considero desprovista de todo fundamento.

Los diputados de la mayoría que han firmado el despacho en debate, no han improvisado de ninguna manera respecto de este nuevo impuesto. Se trata de un gravamen que ha sido perfec-

tamente estudiado y que no es una novedad porque se lo conoce en el mundo entero.

No nos hacemos violencia de ninguna clase al votarlo y lo votaremos con la absoluta convicción de que es el único impuesto que en el momento actual puede cubrir el déficit que significa la unificación de los impuestos y la supresión del impuesto a las transacciones.

**Sr. Dickmann (A.).** — Me explico que para el señor diputado sea el único impuesto que puede cubrir el déficit, cuando se ha opuesto tenazmente al impuesto a las herencias. El señor diputado es un feliz heredero.

**Sr. Bustillo.** — ¡Qué sabe el señor diputado si soy un feliz heredero! A lo mejor el feliz heredero es usted. No conocemos la situación personal del señor diputado, que ha tenido el mal gusto de hacer esta referencia.

**Sr. de la Vega.** — Son golpes de efecto, absurdos.

**Sr. Bustillo.** — El señor diputado sabe perfectamente que en la comisión, el único que no ha hecho ninguna manifestación sobre el impuesto a la herencia he sido yo. En la primera lectura que se hizo del despacho en la comisión, formulé algunas observaciones respecto al monto que produciría este impuesto, sin pronunciarme de ninguna manera sobre el fondo.

Los diputados de la mayoría de la comisión hemos estudiado la situación del presupuesto y llegamos a la conclusión que está contenida en el despacho que discutimos. Lo que corresponde es pronunciarse sobre el asunto votando por la afirmativa o por la negativa, pero de ninguna manera enviando el proyecto nuevamente a comisión.

**Sr. Aguirrezabala.** — Pido la palabra.

Yo creo que sería práctico que el señor diputado por la Capital retirara su indicación.

Por la experiencia que tiene de este Parlamento, por lo que el señor diputado sabe respecto de la forma en que se manejan estos asuntos en la comisión, debe comprender que no

puede prosperar su indicación y que en el caso remotísimo e improbable de que prosperara, sería para que dentro de unos días estuviera la Cámara colocada otra vez en la misma situación de esta tarde, es decir, tener que resolver sobre el impuesto.

Yo creo, señor presidente, que agotado el debate sobre la materia que está en discusión, corresponde tomar la votación que se ha pedido...

**Sr. de la Vega.** — Naturalmente; es lo serio.

**Sr. Aguirrezabala.** — ... para que quede perfectamente establecido cómo ha votado cada sector respecto del impuesto.

Adelantamos, nada más, que nosotros votaremos en contra.

**Sr. Dickmann (A.).** — Lamento mucho no poder acceder al gentil pedido de mi colega el señor diputado por Entre Ríos; he solicitado una simple votación por signos. Es un procedimiento parlamentario que demorará medio minuto y que demuestra el deseo de un grupo numeroso de diputados de agotar todos los recursos lícitos para que esta ley no se vote, pero no hacemos obstrucción.

**Sr. Ministro de Hacienda.** — Votación de ensayo, ¿no?

**Sr. Dickmann (A.).** — Conoce el señor ministro por qué razón hacemos el ensayo.

**Sr. Ministro de Hacienda.** — Sí, ya sé. ¡Fíjese si conoceremos!

**Sr. Dickmann (A.).** — Nos conocemos recíprocamente hace mucho.

**Sr. Presidente (Ferreira).** — ¿Mantiene su indicación el señor diputado?

**Sr. Dickmann (A.).** — Sí, señor presidente.

**Sr. Presidente (Ferreira).** — Se va a votar.

—Se llama para formar quórum.

**Sr. Presidente (Ferreira).** — Se va a votar la moción de que vuelva a comisión el despacho que está en discusión.

—Se vota y resulta negativa de 43 votos. Votan 100 señores diputados.

**Sr. Presidente (Ferreira).** — Habiéndose formulado la moción de que la votación en general del despacho en discusión se haga nominalmente, la Presidencia desea saber si está suficientemente apoyada.

—Resulta suficientemente apoyada.

**Sr. Presidente (Ferreira).** — Se va a votar en general.

—Practicada la votación nominal:

**Sr. Secretario (Zavalla Carbó).** — Han votado 55 señores diputados por la afirmativa y 44 por la negativa, en la siguiente forma:

—Por la afirmativa, los señores diputados: Alumada, Alonso, Amoedo, de Andreis, Aráoz (Ernesto M.), Aráoz (José I.), Arrieta, Benegas, Bermúdez, Bruchou, Buitrago, Bustillo, Cáceres, Candia, Cárcano, de las Carreras, Carrús, Castro, Cordero, Corominas Segura, Costa Méndez, Courel, Degano, De Miguel, Escobar, Fernández, García Gorostiaga, Godoy, González (B. S.), González Guerico, González Masada, Grisolia, Groppo, Iriondo, López, Manacorda, Martínez, Noble (R. J.), Padilla, Pintos, Pita, Pueyrredon, Quiroga, Rodríguez, Salcedo, Santillán, Schou Lastra, Simón Padrós, Solari (F. C.), Solís, Speroni, Taboada Mora, Uriburu, de la Vega, Videla.

—Por la negativa, los señores diputados: Agüero, Aguirrezabala, Ameri, Arnoldi, Besasso, Bogliolo, Briuolo, Buira, Buyán, Calderón, Castiñeiras, Coca, Dickmann (A.), Dickmann (E.), Ghioldi, Giménez, Godfrid, González (V.), Herrera, Inda, Iribarne, Lamesa, Margis, Mareó, Mattos, Molina, Mouchet, Movsichoff, Noble (J. A.), Oddone, Palacín (M.), Palacín (P.), Pena, Pérez Leirós, Pflieger, Pressacco, Ramiconi, Ramírez, Repetto (N.), Rozas, Ruggieri, Sellarés, Solari (J. A.), Vidal Baignorri.

**Sr. Presidente (Ferreira).** — Queda aprobado en general.

En discusión en particular.

**Sr. Rodríguez.** — Hago indicación para que todo artículo que no sea observado se dé por aprobado.

**Sr. Presidente (Ferreira).** — Si hay asentimiento, así se hará.

—Asentimiento.

**Sr. Presidente (Ferreira)** — En consideración el artículo 1º.

**Sr. Bustillo.** — Pido la palabra.

Deseo hacer una pequeña aclaración sobre este artículo, que define su concepto y su alcance. Cuando dice «en el territorio argentino», se refiere a las ventas realizadas en el extranjero y que son contabilizadas dentro del país por aquellos comercios que tienen aquí la sede de sus operaciones y, en el extranjero, simplemente sucursales. Es el mismo caso del impuesto a las transacciones.

**Sr. Presidente (Ferreira).** — Se va a votar el despacho de la comisión.

—Resulta afirmativa.

—Sin discusión se da por aprobado el artículo 2º.

—Sin discusión se votan y aprueban los artículos 3º y 4º.

—En discusión el artículo 5º.

**Sr. Repetto (N.).** — Pido la palabra.

Siguiendo nuestra práctica habitual, vamos a tratar de hacer menos malo este proyecto, al que consideramos detestable y que, a nuestro juicio, la Cámara no debió aceptar. Y a tal fin, trataremos de que se suprima el inciso c) de este artículo 5º, que establece un impuesto a la exportación.

Yo he sostenido que los decretos del 28 de Noviembre del año pasado significan un impuesto disimulado a la importación, y tanto es cierto, que los argumentos que dieron los ministros de Hacienda y especialmente el de Agri-

cultura para fundar aquellos dos decretos, se basaban en la técnica de tomar una parte de las ganancias excesivas que hacía el comercio de importación, por el alto valor en que se mantenía el peso, para en esa forma, beneficiar en cierto modo a los agricultores estableciendo un precio mínimo que habría de pagarse con los beneficios de esas operaciones de cambio. Pero el señor ministro de Hacienda hoy nos ha dicho una cosa que a mi juicio es muy curiosa y que la voy a tomar como un argumento favorable a mi punto de vista.

El señor ministro ha dicho que los decretos del 28 de Noviembre lo que significaron fué un impuesto a la exportación. Y ahora estoy yo admirándome que se pretenda imponer a la exportación de productos agropecuarios dos impuestos en lugar de uno, porque ésa sería la situación. Esos productos ya pagan un impuesto por ese control de cambios, impuesto que, según el ministro de Hacienda, no es a la importación, sino a la exportación. Y ahora pagarán este otro impuesto a la exportación, que evidentemente, como el señor ministro lo ha reconocido, determinará de inmediato una desvalorización de los productos agropecuarios en la misma medida en que ellos sean gravados.

Francamente, yo no comprendo cómo en este momento en que se trata de auxiliar a los productores agropecuarios, en que comprobamos hoy, de acuerdo a las últimas noticias que nos llegan de la campaña, y especialmente de algunas regiones del centro y del Norte, un estado tan ruinoso como no creo que se haya señalado de muchos años a esta parte, cómo en este momento puede el Congreso, con todo desenfado y tranquilidad, votar un impuesto de esta naturaleza. Se dice que ese impuesto no va a gravitar sobre la producción agropecuaria, sino con 4.500.000 pesos. Es probable que, aplicado, la recaudación sea más alta, pero aunque se tratara solamente de pesos 4.500.000, es una suma que gravitará

sobre los productores del campo, que en estos momentos lo que necesitan es un alivio eficiente que todavía está por proyectarse.

De manera que yo propongo pura y simplemente, que rechazemos este inciso c), porque es un impuesto que va a gravitar sobre la producción agropecuaria desmereciendo el producto.

**Sr. Bustillo.** — Actualmente existe el mismo impuesto.

**Sr. Repetto (N.).** — Por otra parte, es un impuesto que aparece aplicado en una forma nada clara y que en caso de aprobarse sería menester establecer alguna cláusula o agregar algunas palabras que determinaran la forma precisa de su aplicación.

Quiero referirme a eso para que el señor ministro pueda aclarar. Se trata de productos que se exportan. En el caso más frecuente e importante, que es el de los cereales, el de un barco cargado de trigo que va a salir de nuestro puerto, ¿cómo se aplicará el impuesto que figura en este inciso? ¿La imposición se hará sobre el precio del trigo en la plaza de Buenos Aires, Rosario, Bahía Blanca, o la que sea, o sobre el precio a que lo haya vendido ya el exportador? Porque los exportadores han vendido ya su trigo al exportarlo; ninguno de ellos se aventura con cargamentos que no tengan un destino previo. Y éste es un impuesto a las ventas.

Entonces, ¿el impuesto gravitará sobre el precio de venta o sobre el de cotización en el dique? Es una explicación que necesito y es una proposición que formulo en la esperanza de que los señores diputados me acompañarán a votarla.

**Sr. Ministro de Hacienda.** — Pido la palabra.

El artículo que discutimos es de los pocos que no son nuevos. Es igual al de la ley vigente, en que está establecido en la misma medida, con la misma tasa y es cobrado en la misma forma: sobre precios medios de pizarra.

Es la explicación que pide el señor diputado Repetto. No agravamos ni

aliviamos este tributo. En cuanto a su incidencia, hoy en una interrupción tuve ocasión de decir que reconocía que este impuesto, como todos los impuestos a la exportación, rebaja los precios en el mercado interno. Va a pasar, entonces, en el futuro, lo mismo que ahora. La única diferencia que hay con los tiempos normales, es que, en cuanto el Estado fije precios básicos, más abajo de los precios básicos no pesa el impuesto sobre el productor sino sobre el Estado mismo, sobre el margen de cambio.

El señor diputado Repetto dijo que yo he hecho una afirmación que lo ha llenado de asombro y que es la que lo determinó a pedir que no votemos dos impuestos a la exportación. Si yo no he tenido la virtud de hacerme entender antes, no es porque no lo haya hecho en la forma más clara que me ha sido posible. Desde la interpelación sobre las medidas de cambio, a principios de año, cuando todavía ningún órgano periodístico, ni siquiera ese que lleva la campaña que se conoce, había descubierto el sentido de las medidas y todos los días nos hacía una filípica porque estábamos gravando los consumos populares, nosotros dijimos esta verdad evidente: el margen de cambio no pesa un ápice sobre la importación. Si nosotros vendemos a los importadores libras a 18,08, como estaban ayer, porque ése es el precio que pagan los importadores por el cambio, nada se beneficia la importación ni nada lo recarga, porque compramos a los exportadores las letras a 15 ó a 20 pesos. Es para ellos una cosa que no tiene ninguna significación material ni de otro orden. El precio que pagamos por las letras de exportación es una cuestión entre el gobierno que las compra y los exportadores, pero de ninguna manera es entre el gobierno comprador y los importadores.

Cuando dijimos eso se le aclaró el mundo a cierta gente; y entonces los mismos que habían estado sosteniendo el régimen anterior de cambios, empezaron a sostener que nosotros perjudicábamos a los agrarios. Y se produjo

esta cosa extraordinaria: los que creían que nosotros no perjudicábamos a los rurales al comprar letras de exportación a 12 pesos, se quejan porque las compramos a 15. Yo dije entonces que evidentemente comprarlas a 15 era con respecto al precio a que las vendemos, someter la exportación a cierto tributo, pero que lo hacíamos en interés de ella misma, para que no se deprimieran los precios mundiales, y es lo que ha pasado.

Por otra parte, el monto de esa diferencia de cambio no depende de nuestra voluntad, sino del precio que se paga por el cambio, el que se determina por su abundancia. Como los señores diputados habrán observado, todos los días afloja un centavo la cotización de las monedas extranjeras en el mercado oficial. Eso es pura y sencillamente, porque hay más letras que las que nosotros podemos vender a los importadores con permiso.

Como no hay interés social en que la libra baje a 15, a 14 pesos en tres meses y que se vaya a 25 ó a 30 pesos cuatro meses después, regulamos hasta donde nos es posible esas oscilaciones del mercado, pero sin poder contrariar su tendencia, ni poder hacer que el peso suba cuando su tendencia es a la baja, ni que el peso baje cuando su tendencia es a la suba.

Es por lo tanto, señor diputado Repetto, no una novedad, sino la ratificación de lo que hemos dicho en todos los tonos, lo que hoy he expresado. Las medidas de cambio que el gobierno adoptó importan comprar cambio por menos de su valor, es decir, algo diametralmente opuesto a lo que dijo el señor diputado Repetto en el pasaje a que me refiero. Y al revenderlo a los importadores al precio a que ellos lo pagan, substraemos algo, a los fines expresados, a los exportadores mismos, pero no tocamos para nada a la importación.

Esta explicación es un poco al margen de la cuestión, pero la he querido hacer para decir, que si el juego normal de los impuestos a la exportación siempre abarata los productos en el mer-

cado interno, en este caso es más disculpable la medida porque hay precios mínimos fijados. Y agregó que no me parece este momento muy oportuno para discutir este asunto, cuando se trata del único artículo de la ley anterior que no se ha modificado.

**Sr. Repetto (N.).** — Pido la palabra.

Debo recordar los discursos pronunciados por radiotelefonía por los señores ministros de Hacienda y de Agricultura cuando empezaron a propalar por todo el país los elementos fundamentales de su gran plan básico de reanimación económica del país, y estoy seguro — aunque no tengo a mano los folletos que se publicaron — que toda la argumentación que se hacía entonces era la de que esas medidas permitían tomar a los importadores una parte enorme de las utilidades que ellos realizaban a expensas de la producción agropecuaria del país.

**Sr. Ministro de Hacienda.** — Lo que hemos dicho es una cosa distinta.

**Sr. Repetto (N.).** — Esa era la argumentación básica.

**Sr. Ministro de Hacienda.** — No, señor diputado.

**Sr. Repetto (N.).** — Eso es lo que ha dicho.

Ahora esta otra consecuencia inmediata. Estaba yo en la ciudad de Rosario poco tiempo después de la firma de esos decretos, cuando un constructor me hizo notar que los dos decretos habían tenido como consecuencia inmediata la reducción de la actividad de la construcción, porque la importación de materiales se había encarecido precisamente por esos decretos.

De manera, pues, que digo la verdad cuando afirmo que los decretos se fundaron, de acuerdo con manifestaciones hechas públicas por el gobierno, como medios para tomar a los importadores lo que ellos ganaban excesivamente en perjuicio, en detrimento de la producción nacional. Ese fué el argumento que se hizo.

**Sr. Ministro de Hacienda.** — No se ha hecho. Es inútil que insista el señor diputado Repetto, porque está equivocado.

**Sr. Repetto (N.).** — Se ha hecho cien veces. Yo no puedo inventar estas cosas.

**Sr. Ministro de Hacienda.** — Sí, las inventa.

**Sr. Repetto (N.).** — Se ha hecho cien veces.

**Sr. Ministro de Hacienda.** — Cien veces lo ha entendido mal.

**Sr. Repetto (N.).** — Es un impuesto a la exportación, dijo el señor ministro de Hacienda y consta en la versión taquigráfica. Lo acabo de comprobar. Entonces el señor ministro propone la superposición de dos impuestos a la exportación, a la producción agropecuaria, en momentos como este.

Estoy, pues, en una situación perfectamente lógica y fundada al pedir a los señores diputados que por lo menos despojen al artículo de este tercer inciso, que lo afea horriblemente.

**Sr. Dickmann (A.).** — Si en este debate hay algo que quedó aclarado, algo en que estamos de acuerdo todos, es que el impuesto a la exportación recae sobre los productores. En cuanto al impuesto a la importación y la producción interna, hay algunas dudas sobre si puede o no incidir sobre los consumidores. Quiere decir que los 3.500.000 a 4.000.000 de pesos que se pretende sacar a la exportación — lo reconoce el propio señor ministro — van a recaer sobre la producción agropecuaria.

Por otra parte, también estamos todos de acuerdo en que el impuesto va a producir más de lo que calcula el señor ministro, que, como todo buen cuidador de la caja, hace un cálculo bajo, porque, evidentemente, si calculara un producido más aproximado a la realidad, inmediatamente los miembros de la comisión le arrebatarían más millones para sus fantasías.

Siendo esto así, la supresión de este inciso no va a producir ningún desequilibrio en las finanzas. Serían 4.000.000 de pesos en que aliviaríamos a la producción arruinada del país. Si se tratara de un rubro que pudiera representar un porcentaje alto dentro de la percepción del impuesto, me explicaría la resistencia para suprimirlo; pero

cuando se está hablando en todos los tonos de proteger a la producción, me parece que la Cámara debe ser permeable a la proposición de suprimir el impuesto aunque fuera solamente en esta parte.

Muchas veces hemos bregado en la Cámara para obtener la derogación del impuesto a la exportación. Llegó un momento en que ese impuesto no producía nada y en esa oportunidad no sé si el señor ministro actual, siendo diputado, nos acompañó hasta tal vez con su palabra...

**Sr. Ministro de Hacienda.** — Sí, señor.

**Sr. Dickmann (A.).** — ... para decir que era el momento preciso para suprimir el impuesto a la exportación porque la supresión no producía un quebranto en las arcas fiscales. Sabemos muy bien que en este país lo más sagrado son las rentas fiscales porque se las necesita para los gastos ordinarios del Estado y para dispendios que no siempre son del todo justificados.

De manera que además de las razones fundamentales dadas por el señor diputado Repetto, se agregan estas otras que son de orden presupuestal. La supresión no significa un desequilibrio ni siquiera en cuanto a los propios cálculos del Poder Ejecutivo, porque sin el impuesto a la exportación, el rendimiento será de 30.000.000 de pesos.

Aceptando lo que proponemos habríamos siquiera obtenido una pequeña satisfacción en la lucha que estamos sosteniendo en defensa de los productores y de los consumidores del país.

Nada más.

**Sr. Ministro de Hacienda.** — Pido la palabra.

Me parece un poco ridículo, señor presidente, que tenga que demostrar que recuerdo las cosas que he sostenido. El señor diputado por la Capital podrá decir que él no inventa, pero puede haber entendido mal.

Yo he repetido lo que hemos dicho mil veces: que el cambio alto, el peso a nivel sobreestimado favorecía la importación, no la ganancia de los importadores, que es cosa totalmente distinta; el peso sobreestimado favorece a la im-



portación de mercaderías para el pueblo, no la ganancia de los importadores. Con respecto a la ganancia, yo decía:

«¿Quién paga la ganancia?», preguntó el señor diputado Dickmann. Según la opinión de los censores de la actitud del gobierno, la ganancia se paga por los consumidores. «Por más vueltas que se le dé, decía los otros días un diario, son 200.000.000 de ganancia que salen del bolsillo del pueblo argentino». Si se examina este asunto con desapasionamiento y como todo examen, por partes, se llega a un resultado indudable; y entonces desaparece la grave inculpación de haber puesto impuestos por decreto en el receso del Congreso, cosa que se nos dice. En efecto; a los importadores, a los consumidores, a los ferrocarriles, a las empresas que tienen que hacer remesas al extranjero, les es absolutamente indiferente que el gobierno se quede con algo. Si la libra para ellos vale pesos 18 y la pagan a pesos 18, les es absolutamente indiferente que nosotros les paguemos pesos 15 ó 18 a Bunge y Born, a Dreyfus o a los exportadores de carnes, porque para ellos es un asunto *inter alios*, que no les afecta.

Un abogado distinguido, miembro del directorio de un ferrocarril, llegó a mi despacho, cuando se estableció este sistema, para decirme: «Usted se ha olvidado, ministro, que los ferrocarriles están exentos de todo impuesto, cualquiera sea la denominación que dé. Y si usted tiene dudas de eso, le podemos dar los alegatos y los escritos presentados por su padre, que fué tan emitenente abogado de las empresas». Bastó que se le hiciera esta simple reflexión: que si nosotros vendemos el cambio sin cortapisas y si a ellos les cuesta 18 pesos, les es indiferente que el exportador reciba \$ 15 o \$ 18 para que desapareciera toda oposición y que, no obstante el incentivo del interés, las empresas no dijeran absolutamente nada sobre este asunto.

«Si las libras valen \$ 18 ó 20, las vendemos a \$ 18 ó 20, cualquiera sea el precio que se le haya pagado al ven-

dedor. De manera que para el importador, para el consumidor y para el pueblo de la República, esta diferencia de cambio no significa ningún recargo.

«¿De dónde salen entonces, las diferencias? ¿Quién las paga? Del examen que hemos hecho, resulta que quienes las pagan son los productores rurales, los productores de trigo, de cebada, de lino, de cueros, a quienes no se les compran las divisas provenientes de sus ventas al precio que por ellas se obtiene al venderlas. Cuando un productor vende una cantidad de trigo que vale una libra, recibiría 18 pesos si se le compraran las divisas al precio que se obtiene al venderlas, y en cambio se reduce ahora a 15 pesos ese importe. El productor agrícola es, entonces, el que paga este tributo, pero lo hace de muy buen grado porque se lo devolvemos.

«La diferencia de cambio no puede ser un tributo para el productor, según la teoría que circula por ahí, de que bajando la moneda bajan los precios. ¿Qué obtendría el productor si le pagáramos 18 pesos por las letras compradas? ¿Qué pasaría según esa teoría? Que los precios bajarían, pero los productores recibirían la misma cosa. Y entonces, si no le quitamos nada, ¿de qué se quejan?»

Ya ve el señor diputado Repetto, cómo recuerdo perfectamente mis exposiciones. Si a alguien le consta que las trabajo y las medito, es al señor diputado Repetto, que ha sido durante tantos años mi compañero de tareas. No he improvisado en esta materia. Lo que hemos sostenido y habrá ventaja en que sigamos sosteniendo, es que esto que se llama sisa a la exportación, este descuento que se hace en el valor de las letras, es lo único que permite que todo el mecanismo rural no esté trabajando constantemente a favor de la baja del peso; ésa fué la tesis que sostuvimos: que bajar un tanto el peso en aquel momento era poner un seguro contra la desvalorización sin límite de la moneda nacional, porque hoy sube la moneda nacional y no se afecta en nada los precios rurales, lo

que no sucedería si el margen no existiera. Por otra parte, ese margen nos permite acumular reservas capaces de pagar un precio básico, aun si se derrumban los precios mundiales.

Este sistema lo hemos creado para independizar los valores de los productos rurales de las oscilaciones constantes del peso. El peso puede subir hasta 15 pesos la libra, sin que por eso se desvaloricen los precios rurales.

De manera, señores diputados, que hemos cuidado los intereses rurales y los seguimos cuidando. Es absolutamente absurdo decir, como se dice por ahí, que al no haber elevado el precio básico de compra hemos mantenido precios que están por debajo de los precios internacionales, como alguien ha sostenido; no. El trigo vale hoy, digamos, 6 pesos, porque la moneda está al tipo que está; si los señores diputados descuentan el 20 % para calcular el precio a que estaba el 28 de Noviembre, el trigo valdría 4,80. De manera que los precios rurales son función de estos dos factores: los precios mundiales y la cotización de las libras en pesos.

Sería impropio que hiciéramos un debate sobre esta materia. Lo único que he querido demostrar al señor diputado Repetto, es que yo no olvido las cosas que digo y que, por lo menos yo, las comprendo. Y cuando he dicho hoy que este impuesto grava a la exportación y que la compra de cambio por debajo de su precio grava a la exportación, no he hecho ninguna improvisación, porque no tengo ese derecho hablando en nombre del gobierno en esta Cámara.

Este impuesto será un pequeño impuesto a la exportación; tiene razón el señor diputado Dickmann. Otras veces hemos propiciado que desapareciera el impuesto que ya no daba rendimiento; hoy, en la situación por que pasa el tesoro, no está el país en condiciones de disminuir este impuesto que por su pequeñez desaparecería en los rodajes del comercio internacional y posiblemente no beneficiaría en nada a ningún productor, y en ningún caso

a los productores de granos, amparados por el precio mínimo.

**Sr. Repetto (N.).** — Los decretos del 28 pusieron a los importadores en la necesidad de pagar 17 ó 18 pesos por libra, que ellos compraban antes a 15.

Ese es el hecho claro, patente y matemático.

**Sr. Ministro de Hacienda.** — Que ellos compraban o no podían comprar.

**Sr. Repetto (N.).** — Y es contra eso que el comercio de importación se manifestó de inmediato ante el gobierno; de manera que ve el señor ministro cómo eso fué un impuesto indirecto a la importación.

**Sr. Ministro de Hacienda.** — Mal entendido, pero no insisto.

**Sr. Repetto (N.).** — ¡El señor ministro sabe más de los intereses de los importadores que ellos mismos!

**Sr. Ministro de Hacienda.** — ¿Quién va a dudar que son perjudicados? Lo son, pero por las compras anteriores al 28 de Noviembre de 1933, no por las compras nuevas.

**Sr. Repetto (N.).** — Insisto en que esta proposición se vote.

**Sr. Presidente (Ferreira).** — Con la reserva del inciso c).

**Sr. Dickmann (A.).** — Se había resuelto que artículo no observado se diera por aprobado; pero como éste ha sido observado, debe votarse.

**Sr. Presidente (Ferreira).** — Se va a votar.

—Mientras se llama para votar:

**Sr. Ministro de Hacienda.** — Si el señor diputado quiere que le dé los fundamentos, puedo hacerlo. Esto no es una improvisación.

**Sr. Repetto (N.).** — Ese punto de vista del señor ministro me favorece. Ahora resultará que habrá dos impuestos a la exportación para los productos agrícolas.

**Sr. Presidente (Ferreira).** — Se votará el artículo 5º, con la reserva del inciso c).

—Resulta afirmativa.

**Sr. Iricondo.** — Corresponde votar el inciso c).

**Sr. Presidente (Ferreira).** — Se va a votar el inciso c) del artículo 5°.

— Resulta afirmativa.

**Sr. Repetto (N.).** — Que conste el voto en contra de la representación socialista.

**Sr. Presidente (Ferreira).** — Así se hará, señor diputado.

— Sin observación, se aprueban los artículos 6°, 7° y 8°.

**Sr. Presidente (Ferreira).** — En consideración el artículo 9°.

— Se lee el inciso a).

**Sr. Bermúdez.** — Pido la palabra.

Pido que entre los artículos eximidos del impuesto sean agregados los fideos secos, cuya no inclusión entre los artículos enumerados sólo se explica por una omisión u olvido, tratándose de un producto alimenticio de primera necesidad, primordial para la clase pobre.

Pido, pues, que después de las palabras «harina de trigo y de maíz», se agregue «fideos secos».

**Sr. Briuolo.** — Deben excluirse los fideos en general, sin la distinción que eximiría de impuesto sólo a los fideos secos.

**Sr. Bermúdez.** — Si los señores diputados lo creen conveniente, podrían liberarse los fideos en general; pero yo me he ocupado de los fideos secos, que son el alimento barato del pobre.

**Sr. Repetto (N.).** — A los ricos también les gusta comerlos.

**Sr. Noble (J. A.).** — Los tallarines también son alimento del pobre.

**Sr. Bermúdez.** — Propongo, pues, la agregación de esas palabras; y añadiré que, consultado el señor ministro, ha manifestado que no habría inconveniente, porque efectivamente se trata de un artículo de primera necesidad.

**Sr. Ministro de Hacienda.** — Cambia el principio.

**Sr. Repetto (N.).** — Pido la palabra.

Por este inciso se exime del impuesto a las ventas, al vino, a la cerveza y a

los cigarros; pero en cambio se gravan los fideos, que felizmente acaban de salvarse por la proposición del señor diputado por Corrientes. Pero si este impuesto ha de tener el carácter que señalaba hace un instante el señor ministro de Hacienda, manifestando que tenía en cuenta las exigencias de la vivienda, me parece que es absolutamente indispensable que entre las excepciones del impuesto se agreguen también los ladrillos, la cal, la arena y los materiales de construcción en general. El señor ministro ha hablado de la vivienda y me parece extraordinario que en un país como este, donde lo que hay que hacer es precisamente construir viviendas, que faltan en todas partes, no se exceptúen del impuesto esos materiales.

Igualmente me parece indispensable que se exceptúen ciertos productos destinados a la higienización humana y aquellos otros de aplicación sanitaria indispensable, tales como jabones y algunas sustancias farmacéuticas de uso absolutamente necesario. Propongo, pues, que además de los fideos se agregue: «materiales de construcción en general y productos de aplicación higiénica y medicinal.»

**Sr. Noble (J. A.).** — En apoyo de lo que dice el señor diputado podría agregar que el Poder Ejecutivo calcula en 300.000.000 de pesos, que yo he citado, las materias exentas del impuesto. De modo que podrían aprobarse las excepciones propuestas por el señor diputado.

**Sr. Schoo Lastra.** — Pido la palabra.

Esta ampliación que se propone, incluyendo una cantidad de artículos, nos arriesga a perder el beneficio que íbamos a conseguir para los fideos. Concretémonos a eso.

**Sr. Bustillo.** — Pido la palabra.

Indiscutiblemente éste es el artículo más peligroso de la ley, porque es la oportunidad que se les ofrece a todos los diputados que tengan alguna proposición que hacer referente a la exención de algún artículo. No debemos olvidar que esta ley está inspirada sobre la base de un cálculo y que cualquier

exención puede traer como consecuencia una elevación de la tasa.

Respecto de los fideos, tengo que hacer presente que en realidad este impuesto no incide de una manera demasiado gravosa sobre este artículo de consumo. Tengo datos proporcionados por las mismas fábricas de fideos, en que se calcula que hay una producción de 60.000.000 de kilogramos, que al precio de veinte centavos a que se expende ese producto, alcanzan a un valor de \$ 12.000.000; de modo que el impuesto significaría 240.000 pesos.

Yo no he podido consultar a la comisión, de modo que la Cámara tendrá que resolver con respecto a los fideos. En cuanto a los otros materiales que acaba de enunciar el señor diputado Repetto, me parece que es ir demasiado lejos, porque no se puede entrar a calcular la forma en que esas exenciones pueden afectar la financiación de la ley, aunque se puede desde ya prever que han de alcanzar una cifra demasiado importante. Por consiguiente, creo que no se pueden aceptar.

**Sr. Repetto (N.).** — Pido la palabra.

Al proponer las exenciones de impuestos a estos materiales y artículos, he querido suavizar o mitigar algunos aspectos de este proyecto de ley, que son inaceptables...

**Sr. Bustillo.** — ¿El señor diputado ha hecho el cálculo de lo que podrían significar?

**Sr. Repetto (N.).** — ... porque observo que en el inciso f) del artículo de la ley que estamos considerando se tienen liberalidades nada menos que para esta clase de actividades: la venta de acciones, títulos, divisas, valores, estampillas y billetes de lotería! Se exime del pago de impuestos a la venta de billetes de lotería!

**Sr. Bustillo.** — Porque eso influiría en la cotización de los títulos del Estado.

**Sr. Repetto (N.).** — Yo creo que éste es un asunto grave y que debería convocarse a la comisión a una reunión especial para eximir del impuesto a los fideos, tal como ocurre en la lotería y eximir también a los materiales de

construcción, los jabones para que los argentinos se higienicen y también a los productos medicinales, para que se puedan combatir con eficacia algunas infecciones y algunas pestes. He aquí la consideración fundamental que se puede hacer en presencia de este proyecto de ley: se regatea en todo eso, que es realmente fundamental, y, en cambio, se abre la puerta a los juegos de azar y a la especulación.

**Sr. Bustillo.** — Respecto a los fideos, he hecho una apreciación, porque tengo los datos por delante, pero en cuanto a los materiales, a que se ha referido el señor diputado, no tengo ningún antecedente.

Lo que quiero significar es el peligro que tendría una ley, improvisando hasta cierto punto, que vendría a alterar el sistema.

**Sr. Pena.** — ¿Podría dar el señor diputado una información numérica respecto a cuánto daría el inciso f) si él fuera gravado?

**Sr. Ministro de Hacienda.** — No es por eso que está exento, sino por otros motivos, como lo saben los señores diputados, como es el caso del vino, de la cerveza y el tabaco, a que se refería el señor diputado Repetto, los cuales, están gravados con impuesto interno nacional, que se considera que engloba a este otro impuesto.

En la Comisión de Presupuesto se llegó, a mi modo de ver con razón, dado que algunos diputados creyeron que los diarios, los billetes de lotería, las acciones y los papeles de crédito no son mercancía, a considerar que aun cuando por la ley no estaban gravados, se dejara expresa constancia de la exención en este proyecto.

**Sr. Presidente (Ferreira).** — Se va a votar el inciso a), tal cual ha sido despachado por la comisión, y luego los agregados propuestos.

—Se vota y aprueba el inciso a) del despacho de la comisión.

**Sr. Presidente (Ferreira).** — Se va a votar el agregado propuesto por el señor diputado por Corrientes, que

consiste en agregar después de «maíz»: «fideo».

—Se vota y se aprueba el agregado.

**Sr. Presidente (Ferreira).** — Se va a votar el agregado propuesto por el señor diputado por la Capital, que se va a leer.

**Sr. Secretario (Zavalla Carbó).** — Consiste en agregar los siguientes artículos: «ladrillos, cal, arena, materiales de construcción en general y productos de aplicaciones higiénicas y medicinales».

—Se vota este agregado y es aprobado, quedando el inciso a) en la siguiente forma:

a) Las ventas en el mercado interno de las siguientes mercaderías de producción nacional: ganados; aves y huevos; carne fresca; frutos del país; leña, carbón vegetal, carbónilla y tierra de carbón vegetal; tabacos, cigarros y cigarrillos; cereales y oleaginosas; hortalizas, legumbres y frutas frescas; semillas y bulbos; harina de trigo y de maíz; fideos; afrecho y afrechillo; pan, galleta común y productos similares de panadería; azúcar de caña y de remolacha; vinos genuinos; cerveza genuina elaborada con malta nacional y lúpulo; alcohol desnaturalizado para combustible; productos frescos de la pesca; ladrillos, cal, arena, materiales de construcción en general y productos de aplicaciones higiénicas y medicinales; leche fresca o pasteurizada, crema, manteca y queso; productos de granja elaborados dentro de un régimen de trabajo familiar y, en general, los productos de la ganadería y de la agricultura en tanto no hayan sufrido elaboración o tratamientos no indispensables para su conservación en estado natural o acondicionamiento.

—Sin observación, se votan y aprueban los incisos b), c), d), e) y f).

—En discusión el inciso g).

**Sr. Briuolo.** — Pido la palabra. Pido reconsideración del inciso e), ya votado, a efectos de proponer un agre-

gado, que consistiría en las palabras «y libros de texto».

**Sr. Bustillo.**—No hay inconveniente.

**Sr. Ministro de Hacienda.** — Puede agregarse.

**Sr. Presidente (Ferreira).** — Se va a votar la moción de reconsideración del inciso e) formulada por el señor diputado por la Capital.

—Resulta afirmativa.

**Sr. Presidente (Ferreira).** — Se va a votar el agregado propuesto por el señor diputado por la Capital, que consiste en las palabras «y libros de texto».

—Resulta afirmativa.

**Sr. Presidente (Ferreira).** — Continúa la consideración del inciso g).

—Sin observación, se dan por aprobados los incisos g) y h) del artículo 9º, y los artículos 10, 11, 12 y 13.

**Sr. Iriondo.** — Entiendo que como artículo 14 correspondería el artículo sobre la distribución en la misma forma que para el impuesto a los réditos.

—Asentimiento.

**Sr. Secretario (Zavalla Carbó).** — El artículo diría: «La distribución del producido de este impuesto se hará en la misma forma que la del impuesto a los réditos.»

**Sr. Ministro de Hacienda.** — Conveniría redactarlo entero en la siguiente forma: «El producido de este impuesto se distribuirá anualmente entre la Nación, la Municipalidad de la Capital Federal y el conjunto de las provincias en la siguiente forma:

«Hasta el año 1938: 82,5 % para la Nación y 17,5 % para la Municipalidad de la Capital Federal y las provincias.

«Antes del 31 de Diciembre de 1938 se establecerán las proporciones en que se efectuará la distribución en lo sucesivo.

«La parte que corresponde a la Municipalidad de la Capital Federal y a las provincias, se distribuirá entre ellas en la siguiente forma:

- a) El 30 % de acuerdo con la población que a cada provincia asigne el último censo nacional aprobado por ley;
- b) El 30 % de acuerdo con el monto de los gastos presupuestados en 1934;
- c) El 30 % de acuerdo con los recursos percibidos por la provincia cada año inmediato anterior, con exclusión de los provenientes del crédito de 1934;
- d) El 10 % de acuerdo con la recaudación del impuesto a las ventas dentro de la jurisdicción de cada provincia, cada año inmediato anterior, computándose para el año 1935 lo que se haya recaudado en concepto de impuesto a las transacciones el año 1934.»

**Sr. Noble (J. A.).** — Reedito mi disidencia en el despacho de impuesto a los réditos. Propongo la redacción que a ese respecto figura al pie del despacho de la mayoría.

**Sr. Dickmann (A.).** — Solicito que se dé lectura a la proposición del señor ministro.

**Sr. Ministro de Hacienda.** — Es igual a la disposición sancionada con respecto al impuesto a los réditos.

**Sr. Simón Padrós.** — Pido la palabra.

Entiendo que correspondería incorporar a la ley en discusión los artículos que figuran en el despacho de la ley de unificación de impuestos bajo los números 30, 31, 32 y 33, que son todos los que se refieren a la distribución.

**Sr. Ministro de Hacienda.** — Han sido cambiados ayer.

**Sr. Presidente (Ferreira).** — Se va a dar lectura de los nuevos artículos propuestos.

—Se lee:

**Artículo 14.** — El producido de este impuesto se distribuirá anualmente entre la Nación, la Municipalidad de la Capital Federal y el conjunto de las provincias, en la siguiente forma:

Hasta el año 1938: 82,5 % para la Nación y 17,5 % para la Municipalidad de la Capital Federal y las provincias.

Antes del 31 de Diciembre de 1938 se establecerán las proporciones en que se efectuará la distribución en lo sucesivo.

**Art. 15.** — La parte que corresponde a la Municipalidad de la Capital Federal y a las provincias, se distribuirá entre ellas en la siguiente forma:

- a) El 30 % de acuerdo con la población que a cada provincia asigne el último censo nacional aprobado por ley;
- b) El 30 % de acuerdo con el monto de los gastos presupuestados en 1934;
- c) El 30 % de acuerdo con los recursos percibidos por la provincia cada año inmediato anterior, con exclusión de los provenientes del crédito de 1934;
- d) El 10 % de acuerdo con la recaudación del impuesto a las ventas dentro de la jurisdicción de cada provincia, cada año inmediato anterior, computándose para el año 1935 lo que se haya recaudado en concepto de impuesto a las transacciones el año 1934.

**Sr. Dickmann (A.).** — Señor ministro: ¿el inciso d) de este artículo no se aplicará a la Capital?

**Sr. Ministro de Hacienda.** — No, señor diputado; no se puede aplicar.

**Sr. González (B. S.).** — Pido la palabra.

Falta agregar al último inciso lo siguiente: «A la Capital Federal se le asignará la participación aplicando los índices establecidos en los incisos a), b) y c).»

**Sr. Ministro de Hacienda.** — Sí, señor diputado; se ha omitido copiar esa parte.

**Sr. González (B. S.).** — Hago la advertencia porque la Secretaría no la ha leído. En la sanción del impuesto

a los réditos existe esa disposición en el inciso *d*).

**Sr. Dickmann (A.).** — Hago notar que en materia de réditos, tenía en cierto modo alguna razón este inciso en no aplicarse a la Capital, pero en materia de ventas me parece que esa razón desaparece.

**Sr. Ministro de Hacienda.** — Tiene razón de ser, porque lo que vende Gath y Chaves o Agar Cross en todo el país, contabiliza aquí.

**Sr. Dickmann (A.).** — Puede suceder también a la inversa; pero no hago cuestión.

**Sr. Presidente (Ferreira).** — Se va a votar el artículo 14, propuesto como nuevo, en la forma de que se ha dado lectura.

—Se vota y resulta afirmativa.

**Sr. Presidente (Ferreira).** — Se va a votar el artículo 15, en la forma que se ha leído.

—Se vota y resulta afirmativa.

**Sr. Simón Padrós.** — Pido la palabra.

Corresponde incorporar a la ley el artículo que con el número 33 figura en el proyecto de ley de unificación, que puede redactarse en la siguiente forma: «El Poder Ejecutivo liquidará trimestralmente a las provincias y a la Capital Federal las sumas que les corresponda por la aplicación de este impuesto. Dentro del plazo de cinco días a partir de la terminación de cada trimestre, el gobierno nacional depositará esa suma a la orden de los gobiernos respectivos, en el Banco de la Nación Argentina.»

**Sr. Presidente (Ferreira).** — Se va a votar el artículo que acaba de leer el señor diputado por Tucumán. Llevará el número 16.

—Se vota y resulta afirmativa.

**Sr. Secretario (Zavalla Carbó).** — Al artículo 14 del despacho, corresponde el número 17. Dice: «El Poder Ejecutivo reglamentará la presente ley de acuerdo a lo establecido en el artículo 2º de la ley 11.683.»

**Sr. Presidente (Ferreira).** — Se va a votar.

—Se vota y resulta afirmativa.

**Sr. Secretario (Zavalla Carbó).** — El artículo siguiente es de forma.

**Sr. Presidente (Ferreira).** — Queda sancionado el proyecto. Se comunicará al Honorable Senado.

## 7

## CUARTO INTERMEDIO

**Sr. Presidente (Ferreira).** — Corresponde tratar el asunto número 1, de la misma orden del día.

**Sr. Pena.** — Todos quieren irse y nadie propone que se pase a cuarto intermedio. Entonces, lo voy a hacer yo. De acuerdo con el deseo de los señores diputados, propongo que se pase a cuarto intermedio hasta mañana a las 15.

**Sr. Presidente (Ferreira).** — Se va a votar la proposición del señor diputado.

—Se vota y resulta afirmativa.

**Sr. Presidente (Ferreira).** — Invito a los señores diputados a pasar a cuarto intermedio.

—Era la hora 21 y 5.